
Aleksandr Solzhenitsyn
Cuentos en
Miniatura

«Cuentos en miniatura», constituye en su conjunto una obsesionante elegía a la condición humana, de profundo realismo e insospechado encanto.

En ellos, Solzhenitsyn escribe sobre la falta de libertad, sobre la desesperanza de vivir en un régimen que controla a cada ciudadano y donde la desobediencia puede ser castigada con la muerte. Pero también en ellos hay esperanza. Un amor por la naturaleza y una reivindicación del espíritu humano, capaz de sobreponerse y triunfar sobre grandes adversidades.



Aleksandr Solzhenitsyn

Cuentos en miniatura

ePub r1.0
Titivillus 29.01.2017

Título original: *крохотные рассказы*
Aleksandr Solzhenitsyn, 1964
Traducción: Irina Astrau
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Índice

Viajando a lo largo del río Oca

Caminando sin prisa por los senderos de Rusia Meridional uno empieza a comprender en qué consiste la clave del apaciguador paisaje de la campiña rusa.

La clave reside en sus iglesias.

Unas ascienden corriendo cerros y colinas; otras, parecidas a princesas blancas y rojas, salen al encuentro de anchos ríos, levantando sus esbeltos campanarios, decorados con hermosas tallas fuera de lo común. Se saludan de lejos, desde las aldeas apartadas, y se elevan juntas al cielo único.

Dondequiera que estés, en el campo o en las praderas, lejos de viviendas humanas, nunca estás solo: por arriba de la pared de los bosques, de las abundantes parvas de trigo y de la misma redondez de la tierra, siempre te atraen cúpulas de campanarios, sea de Gorki, Lovezki, de Liubichi o de Gavrilovsk.

Pero penetrando en la aldea, te das cuenta que no fueron los vivos quienes te saludaron, sino los muertos. Las cruces están derribadas o torcidas; la cúpula, con su revestimiento desgarrado, muestra su osamenta herrumbrada; malas hierbas crecen en los techos y en las grietas de los muros; rara vez se conserva el cementerio cerca de la iglesia, muchas son las cruces que aparecen tiradas por el suelo. La mayoría de las tumbas, profanadas, los iconos alrededor del altar casi destruidos, están lavados por las lluvias, las paredes muestran inscripciones obscenas.

En el atrio se ven barriles, un tractor gira para levantarlos. O bien un camión entra por el portal al templo para cargar bolsas.

En aquella iglesia zumban los tornos, ésta, silenciosa, está cerrada con un candado.

En otra funciona un club. Se ven inscripciones: «¡A aumentar la producción de leche!», «Poema sobre la paz», «La gran hazaña».

La gente siempre fue codiciosa y frecuentemente mala. Pero el tañido nocturno resonante, fluía sobre campos, aldeas y bosques, e impulsaba a abandonar las pequeñas preocupaciones terrestres y dedicar en esa hora los pensamientos a la eternidad.

Ese tañido, conservado hoy únicamente en unas melodías antiguas, levantaba a la gente, les ayudaba a erguirse en dos pies y no caer… en cuatro.

En estas piedras, en estos campanarios, nuestros antepasados pusieron lo mejor de su ser, su rica concepción de la vida.

—«Rompe, Víctor, derrumba, no te importe…».

El cine empieza a las seis, el baile a las ocho…

El patito

Un pequeño patito amarillo cojea y se cae cómicamente sobre su pancita blanca en el pasto mojado. Corre delante de mí y chilla «¿dónde está mi mamá?» «¿Dónde están todos?…»

Pero no es su mamá, es una gallina; le pusieron un huevo de pato y lo empolló con los suyos, sin hacer diferencia alguna.

Ahora que se aproxima el temporal pusieron su casita, un viejo canasto roto, bajo techo y la cubrieron con una bolsa. Todos están allí, salvo éste que se extravió.

Ven pequeñuelo, ven a mis manos,

¿Cómo se afirma en esto la vida? Ningún peso, ojos negros como perlitas, patitas como de gorrión. Lo estrechas y no existe más. Y sin embargo es calentito. Su piquito rosa pálido ya es ancho, las piernecitas ya lucen sus membranas, se notan las alas plumosas y es amarillo como los de su estirpe. Y ya se diferencia por el carácter, de sus hermanos adoptivos.

Nosotros pronto volaremos a Venus. Nosotros. Si todos nos pusiéramos a la obra, en veinte minutos labraríamos todo el mundo… Pero, nunca, nunca, con todo nuestro potencial atómico podremos componer en una probeta, aunque nos den plumas, carne y huesitos, este imponderable, pequeño, lastimoso patito amarillento.

Empezando el día

Al amanecer, treinta jóvenes salieron corriendo al claro del bosque, se ubicaron cara al sol y empezaron a inclinarse, saludar, postrarse, levantar los brazos, arrodillarse. Y así durante un cuarto de hora.

Si los miráramos desde lejos podríamos creer que están rezando.

Actualmente a nadie le extraña que el hombre sirva cada día a su cuerpo con paciencia y atención.

Pero qué ofendidos estarían todos si sirviera de esta manera a su espíritu.

No, no era una oración. Era la gimnasia matutina.

Sharik

En nuestro patio un chico tiene encadenado a su perrito, Sharik. Lo tiene así desde que era un cachorrito. Una vez fui a llevarle huesos de caldo humeantes y aromáticos, pero justo en ese momento el chico soltó al pobrecito.

La nieve en el patio es copiosa y blanca. Sharik, lleno de júbilo, da vueltas por el patio, salta como una liebre, el hocico lleno de nieve; corre por todos los rincones, del uno al otro, del uno al otro… Se me aproxima, todo velludo, salta alrededor de mí, huele los huesos y vuelve a correr.

«No necesito yo sus huesos… denme solamente la libertad.»

La respiración

Llovió de noche y ahora las nubes se desplazan por el cielo. A veces caen algunas gotas.

Estoy de pie bajo un manzano que está terminando de florecer, y respiro.

No sólo el manzano, sino también los pastos que lo rodean, expanden aromas después de la lluvia, y no hay palabras para este sabor dulce y penetrante que impregna el aire. Lo aspiro con todos mis pulmones, siento el aroma en todo mi pecho, respiro, ora con los ojos abiertos, ora con los ojos cerrados, no sé cómo es mejor…

Tal vez esto sea la libertad, la única, pero la más apreciada libertad, de la cual nos priva la cárcel: respirar así, respirar aquí.

Ninguna comida en la tierra, ningún vino, ni siquiera el beso de una mujer, me resultan más dulces que este aire, este aire embriagado con el florecimiento, la humedad, la frescura.

No importa que esto sea sólo un minúsculo jardín, encerrado entre las jaulas de fieras de las casas de cinco pisos.

Dejo de oír los escapes de las motocicletas, el aullido de los tocadiscos, los gritos de los altoparlantes.

Mientras se puede respirar después de la lluvia bajo un manzano, se puede vivir.

El lago Segden

Nadie habla en voz alta de este lago ni escribe acerca de él.

Y todos los caminos que conducen a él están obstruidos, como los que llevan a un castillo embrujado: sobre todos los accesos pende un signo de prohibición, una pequeña y muda rayita.

Ser humano o fiera salvaje, quien vea esta rayita en su camino, vuélvase.

Esta rayita está trazada por el poder terrestre. Esta rayita quiere decir: no se puede llegar en coche, ni volando, ni caminando, ni arrastrándose.

Y cerca de los caminos están rodeando el bosque los centinelas con fusiles y pistolas.

Recorres el bosque silencioso, tratas de encontrar el camino que lleva hasta el lago, y no lo encuentras, y no hay nadie a quien preguntarle: asustaron al pueblo de tal manera que nadie llega a este bosque.

Sólo siguiendo el sordo cencerrear de una. vaca puedes penetrar por el sendero del ganado a medio día, en tiempo lluvioso. Y apenas logre brillar ante tus ojos el enorme lago entre los árboles, aun cuando todavía no te hayas aproximado a él, ya sabes, con seguridad, que has de querer a este lugarcito de la tierra toda tu vida.

El lago de Segden es redondo, como delineado con compás.

Si gritas desde una orilla (pero no vayas a gritar para que no te descubran) el eco llegará deshecho hasta la otra.

Queda muy lejos. Está resguardado por el bosque costero. El bosque es parejo, un árbol igual al otro.

Cuando llegas al agua, ves toda la circunferencia de la costa cerrada: acá hay una franja amarilla de arena, allá se yerguen los juncos grises, en algunos lugares se extiende el pasto verde.

El agua es llana, lisa, sin ondulación alguna; en algunos lugares, cerca de la orilla, está cubierta con algas; el resto es trasparente, blanco, y el fondo también blanco.

El agua cerrada. El bosque cerrado. El lago mira al cielo, el cielo al lago.

Y no se sabe si existe algo más sobre la tierra. Pero si algo existiera, no haría falta acá, estaría demás.

Qué bueno sería instalarse aquí para siempre… . Aquí el alma, como el aire tembloroso, fluiría entre el cielo y el agua, y los pensamientos correrían puros y profundos.

Pero es imposible. Un príncipe feroz, un malvado tuerto, se apoderó del lago; allá está su casa, su balneario. Los malvados pescan en la orilla, cazan los patos desde el bote. Primero se ve un humo azul sobre el lago y luego se oye el disparo.

Allá, detrás de los bosques, trabaja para él toda la población de los alrededores.

Y para que nadie moleste a los malvados, han cenado todos los caminos.

A los peces y la caza menor los hacen reproducir especialmente para ellos.

Acá hay rastros. Alguien hizo una fogata.

La apagaron y lo echaron.

El lago está desierto. Querido lago. Mi patria.

La tumba del poeta

La que ahora se denomina aldea Lgovo (antes era la antigua ciudad Olgov) está situada en la alta barranca sobre el río Oka: la gente rusa en aquellos siglos, después de procurarse agua potable y fluyente, buscaba y apreciaba la belleza.

El príncipe Ingar Igorevich, que milagrosamente se había salvado de ser asesinado por sus hermanos, levantó acá, en acción de gracias, el monasterio Uspenski.

Por encima de los valles anegadizos, en los días claros, se puede ver a una distancia de unos treinta y cinco kilómetros, sobre una barranca igualmente abrupta, el alto campanario del monasterio de San Juan Bogoslov, que allí se levanta.

A los dos los dejó intactos el supersticioso Khan tártaro Batyi.

Este lugar, como único que él deseara para su reposo eterno, lo eligió también el poeta Iakov Petrovich Polonsky y ordenó que lo enterraran en él. A todos nosotros nos parece que nuestro espíritu habrá de sobrevolar nuestra tumba para mirar los espacios silenciosos.

Pero no hay más cúpulas, ni iglesias, y del muro de piedra quedó sólo la mitad; el resto es una verja de madera terminada con alambre de púa. Y por encima de toda esta antigüedad se elevan torres de control, los ruines espantajos tan conocidos… tan conocidos, y en el portal del monasterio está la casilla de guardia.

Un afiche dice «Por la paz entre los pueblos» y el dibujo muestra a un obrero ruso que sostiene a un pequeño africano.

Nosotros pretendemos no entender nada.

Entre las barracas de la guardia el carcelero en camiseta, que tiene su día franco, nos explica:

—Hubo acá antes un monasterio. Era el segundo del mundo en importancia. El primero está en Roma, creo, y el de Moscú era el

tercero.

»Cuando instalaron acá la colonia infantil, los muchachos que no entienden nada, ensuciaron las paredes, rompieron los iconos.

»Después un *koljoz*[1] compró ambas iglesias por cuarenta mil rublos para utilizar los ladrillos: quería edificar un establo de seis divisiones. Yo me ofrecí para trabajar. Pagaban cincuenta kopek por cada ladrillo que se sacara entero, y veinte por la mitad. Pero los ladrillos no querían separarse: salían cotí pedazos de cemento. Debajo de la iglesia encontraron una cripta. Estaba el arzobispo, con el cráneo desnudo, pero con el manto completamente entero. Entre dos tratamos de romper el manto y no lo conseguimos…

—Usted quizá pudiera informarme. Según el mapa, aquí debe de estar ubicada la tumba del poeta Polonsky. ¿Dónde está?

—A la tumba de Polonsky no puede ir usted… . Está en la *z o n a.* No se puede visitar. Y en realidad, ¿qué hay que ver? ¿El monumento roto? Espere.

El carcelero se da vuelta y mira a su mujer.

—A Polonsky ¿no lo desenterraron?

—Sí. Lo llevaron a Riazañ —asiente la mujer desde el porche, mientras sigue cascando las semillas de girasol.

El carcelero encuentra cómica la respuesta. —Se liberó, entonces-…

Reflejos en el agua

En la superficie de un torrente rápido sería imposible distinguir los reflejos de los objetos lejanos, ni tampoco el de los cercanos; no siendo turbio y estando libre de espuma, es tal el continuo fluir del oleaje, tal el cambio incesante del agua, que los reflejos resultan inciertos, poco claros e indescifrables.

Solamente cuando el torrente, después de haber atravesado ríos y más ríos, llega hasta la tranquila y ancha desembocadura, o bien hasta la silenciosa ensenada, o hasta un lago donde no tiemblan las olas, sólo entonces veremos en la superficie, lisa como un espejo, cada hojita del árbol costero, cada pluma de la nube fina y la densa profundidad azul del cielo.

Así yo, como también tú, si hasta ahora no supimos reflejar la verdad diáfana e inmortal, ¿no será porque seguimos moviéndonos constantemente? ¿De que vivimos todavía?...

La ciudad sobre el río Neva

Los ángeles arrodillados, llevando candiles, rodean la cúpula bizantina de San Isaac.

Tres picos tallados de oro se saludan a través del río Neva y el canal Moika.

Leones, grifos y esfinges custodian los tesoros de este lado y de aquel otro, o bien dormitan.

Galopan los seis caballos de la Victoria sobre el arco curvado de Rossi. Hay centenares de pórticos, miles de columnas, de caballos encabritados y bueyes tozudos.

¡Qué dicha que acá ya no se pueda construir nada más! Ni meter un rascacielos de mal gusto sobre la avenida Nevsky, ni fabricar una caja de cinco pisos cerca del canal de Griboiedov. Ni un solo arquitecto burocrático, sin. talento, empleando toda su influencia, recibiría un lote más cercano a la ciudad que alguno de la zona de Cherny Rshcke o bien de Ojta.

¡Esplendor extraño a nosotros y el más glorioso que poseíamos! ¡Qué delicia es deambular ahora por estas avenidas! Así, apretando los dientes, maldiciendo y pudriéndose en sombríos pantanos, edificaron los rusos esta belleza. Los huesos de nuestros antepasados se unieron, se petrificaron y se volvieron palacios amarillos, grises, tostados, verdes.

Es horroroso pensar que también las desdichadas vidas nuestras, los gemidos de los fusilados, las lágrimas de las mujeres, todo va a ser olvidado por completo.

¿O esto será necesario para llegar a una belleza tan perfecta, tan consumada?

La fogata y las hormigas

Tiré al fuego un pequeño tronco podrido, sin haber visto que por dentro estaba densamente poblado por hormigas.

El tronco empezó a crepitar. De él salieron en masa las hormigas y empezaron a correr desesperadas. Corrían por arriba y se contraían quemándose en las llamas. Tomé el tronco y lo hice rodar hacia un lado. Entonces muchas de las hormigas que consiguieron salvarse corrían a la arena sobre las agujas de pino.

Pero que cosa extraña: no se apartaban de la fogata.

Habiendo apenas sobrellevado su horror, ya daban la vuelta, rodaban y..una fuerza irresistible las atraía hacia atrás, a la Patria abandonada. Hubo muchas entre ellas que subieron corriendo por el tronquito en llamas, y agitándose sobre él, perecieron ahí mismo.

Tormenta en las montañas

Nos alcanzó en una noche tenebrosa antes del cruce de la montaña.

Habíamos salido arrastrándonos de nuestras carpas y esperábamos.

Venía hacia nosotros por encima de la cordillera.

Todo era oscuridad, no se podía discernir el cielo, la tierra, el horizonte. Pero resplandecía el relámpago desgarrador, que separaba las tinieblas de la luz. Salían las montañas gigantes Belolakai y Dyugutrurlichat y también los pinos negros de muchos metros, casi de la altura de las mismas montañas. Sólo por un momento podíamos ver que existía la tierra firme, y luego todo era de nuevo tinieblas y abismos.

Los fulgores de los relámpagos se aproximaban, alternaba el brillo con la oscuridad, el resplandor blanco, el resplandor rosado, el resplandor violeta y siempre en los mismos lugares aparecían las montañas y los pinos asombrándonos con su grandeza; cuando desaparecían era difícil creer que existían.

La voz del trueno llenó los desfiladeros y dejó de oírse el rugido constante de los ríos. Cual flechas de Jehová, caían los relámpagos en la cordillera y se rompían en serpentinas y chorritos como si se derramaran contra las rocas o bien derribaran y derramaran ahí algo vivo.

Y nosotros… nosotros nos olvidamos de temer al relámpago, al trueno, a la lluvia torrencial y nos tornamos semejantes a una gota del mar que no teme a la tormenta. Nos convertimos en una insignificante y agradecida partícula de este mundo.

De este mundo que hoy volvió a crearse ante nuestros ojos.

El tronco del olmo

Serruchando leña, tomamos un tronco de olmo y se nos escapó un grito. Cuando cortamos este tronco el año pasado, después de haberlo arrastrado con el tractor, serruchado en varios trozos y tirado en barcazas y cajas, después de haberlo apilado y tumbado en la tierra, el tronco no cedió.

Echó un brote nuevo, todo un olmo futuro o una rama espesa y susurrante.

Ya pusimos al tronco sobre un burro, como sobre el cadalso, pero no nos atrevimos a penetrarle la garganta con el serrucho. ¿Cómo podríamos serrucharlo? ¡Si él también quiere vivir! ¡Si quiere vivir más que nosotros mismos!

En la patria de Esenin

Cuatro aldeas, una tras otra, están estiradas en forma monótona a lo largo de la calle. No hay jardines. No hay tampoco un bosque cerca. Hay algunos jardincitos enclenques. En algunas partes hay llamativos, groseros y multicolores jambajes.

Un cerdo majestuoso, de muchos kilos, se rasca en medio de la calle contra una bomba de agua. Una columna de gansos gira en pos de la sombra de una bicicleta que pasó como volando y le envía un unánime grito guerrero. Las gallinas atareadas cavan en la calle y en los patios traseros de las casas buscando comida.

La garita del almacén de la aldea Kostantinovo se asemeja a un destartalado gallinero. Hay arenques de todas las clases; bombones y caramelos pegoteados, que ya no se comen desde hace más de quince años. Trozos de pan negro, dos veces más pesados que en la ciudad, para ser cortados con el hacha y no con el cuchillo.

En el rancho de los Esenin, hay miserables tabiques que no llegan hasta el cielorraso, hay reducidas despensas, cuchitriles que ni siquiera pueden ser denominados habitaciones… En la huerta hay un galpón sin ventanas. Antes había ahí un baño donde, en la oscuridad de la noche, Serguei Esenin llegaba y componía sus primeros versos. Detrás del seto aparece un reducido campo.

Camino por esta aldea, una como muchas otras, donde los habitantes están ocupados por las cosas terrestres, el pan, las ganancias, las ambiciones. Camino y me siento poseído por una nerviosidad: el fuego celestial quemó una vez esta región y todavía hoy me quema las mejillas mientras estoy acá.

Salgo a la pendiente sobre el río Oka, miro a lo lejos y me asombro: ¿es posible que haya dicho de esta franja oscura del bosque de ramaje seco tan enigmáticas palabras el poeta Esenin?[2] «Sobre el pinar sonoro lloran los urogallos…» Y también, con

respecto a los recodos hechos por el tranquilo Oka en las praderas: «hay raudales de sol en el seno del agua».

¿Qué veta de talento echó el Creador acá, en este rancho, en el corazón bullicioso de aquel muchacho campesino, para que él, conmovido, haya podido encontrar tantos temas para la belleza, cerca de la estufa, en el chiquero, en el granero y fuera de la aldea, belleza que están pisoteando miles de años sin verla?

La mochila koljoziana

Cuando lo aprietan en el ómnibus suburbano y le hacen daño en el pecho o en el costado con algún objeto duro, no se enoje usted, pero mire bien ese cajón trenzado con corteza de tilo atado con un ancho y deshilachado cinturón de lona. En ese cajón traen a la ciudad leche, queso blanco, tomates enviados por tres familias, y de la ciudad se llevan más de cincuenta *bastones*[3] para todas ellas.

Tiene una gran capacidad este cajón de corteza llevado por las mujeres. Es, además, fuerte y barato. No puede compararse con esta «mochila campesina», sus hermanas deportivas de varios colores, con bolsillitos y presillas brillantes. En ella caben tantas cosas pesadas, que a través de la campera aguanta con dificultad su cinturón de lona el hombro sufrido de las campesinas.

Por esto las mujeres adoptaron otro sistema: se echan el cajón de corteza sobre la espalda y el cinturón lo pasan por la cabeza. Así el peso se distribuye en partes iguales entre los hombros y el pecho.

Hermanos escritores. Yo no les digo: ensayen una canastita de este tipo en sus espaldas. Pero si los empujan, no protesten, tómense un taxi.

Nosotros no moriremos

Más que a nada tenemos miedo ahora de los muertos y de la muerte misma.

Si en alguna familia hay un deceso, tratamos de no escribir, de no ir allí. Qué decir de ella, de la muerte, nosotros no sabemos…

Se considera vergonzoso nombrar el cementerio, atribuirle algo de importancia. ¿Acaso podemos decir en el trabajo: «No podré ir a la reunión dominical, no puedo, tengo que ir a visitar a los míos al cementerio»? ¿Se puede visitar a los que no piden de comer?

Trasportar a un difunto de una ciudad a otra, qué extravagancia, nadie entregará un vagón para esto. Y ya no los llevan con orquesta por la ciudad. A no ser que se trate de alguien muy importante los pasan rápidamente a un camión.

Antes en los días domingos la gente andaba en los cementerios entre las tumbas, catataba con el alma despejada, quemaba incienso aromático. El corazón se sentía reconciliado, el límite de la muerte inevitable no lo apretaba dolorosamente. Parecía que los muertos esbozaban una sonrisa debajo de sus montículos verdes: «Está bien… Está bien…»

Y ahora en el cementerio, si es que aún perdura, se ve el anuncio «Propietarios de las tumbas. Para no incurrir en multas deben limpiar las basuras del año pasado».

Pero con más frecuencia aplanan los cementerios con niveladoras de terrenos, para hacer estadios y parques de cultura.

Están también aquellos que murieron por la patria, bueno, de la misma manera que te tocará a ti, o a mí. A ellos nuestra iglesia les dedicaba un día, el de la conmemoración de todos los guerreros perecidos en el combate. Inglaterra les dedica un día también.

Todos los pueblos reservan una fecha para pensar en aquellos que perecieron por ellos.

Pero por nosotros murieron más que en cualquier otra parte del mundo y no tenemos un día así.

Si nos ponemos a recordar a todos los que han perecido, ¿quién va a colocar los ladrillos? En tres guerras perdimos nosotros maridos, hijos, novios; ¡desaparezcan odiosos, debajo de la columna de madera pintada, no nos impidan vivir!

En cuanto a nosotros, nunca moriremos. Ésta es la cumbre de la filosofía del siglo XX.

El desconocido de Krechetovka

—Hola, ¿con el jefe de movimiento?
—¿Qué quiere?

—¡No se trata de lo que quiero! Yo pregunto si hablo con el jefe de movimiento. ¿Con Diachijin?

—(A ver si pasas los vagones cisternas de la vía siete a la vía tres, ¡rápido!…). Sí, habla Diachijin.

—Habla el ayudante de guardia del comandante militar, teniente Zotov. Escúcheme, ¿qué es lo que está haciendo? ¿Por qué no envían para Lipezk al convoy número seiscientos setenta…? (¿Y cuánto, Valia?).

—¡Y ocho!

—¡Al número seiscientos setenta y ocho!

—¡No hay con qué enviarlo!

—¿Cómo debo entender esto de «no hay con qué»?

—No hay locomotoras. ¡Así debe entenderlo! (¿Varnakov? Varnakov, ahí en la vía seis, hay cuatro vagones cargados con carbón, ¿ves? ¡Quiero que los pases ahí mismo!).

—Escúcheme, ¿cómo dice que no hay locomotoras, si veo seis juntas desde mi ventana?

—Son unidades dadas de baja.

—¿Qué unidades?

—Unidades de locomotoras. Van al cementerio. Son chatarra.

—Bueno, ¡pero hay dos para maniobras que circulan!

—(¡Camarada teniente! ¡Yo vi las de maniobras, y no son dos, sino tres!).

—A mi lado se encuentra el jefe de aquel convoy y me corrige, son tres las de maniobra. ¡Deme una de ellas!

—No puedo darle ninguna de ésas.

—¿Qué quiere significar con no puedo? ¿Se da cuenta de la

importancia de esta carga? No la podemos detener ni un minuto, y usted…

—(¡Trasládalos cuesta arriba, Varnakov!).

—… ¡y usted la detiene más de medio día!

—¡Medio día, no!

—¿Qué pasa en su despacho? ¿Es una casa cuna o la oficina del jefe de movimiento? ¿Por qué gritan las criaturas?

—Sí, se aglomeraron acá. (Camaradas, ¿cuántas veces tengo que decirles? ¡Despejen la oficina!). No puedo enviar nada. Las cargas destinadas al ejército que también está esperando.

—En este convoy va un banco de sangre para el hospital. ¡Entiéndalo usted!

—Entiendo todo. (Varnakov, ahora lárgate y diríjete hasta el depósito de agua, y recoge a los otros diez).

—¡Escúcheme! ¡Si dentro de media hora no despacha a este convoy, tendré que informar a las autoridades! ¡No se trata de una broma! ¡Usted responderá por esto!

—Vasil Vasilievich, ¡deme el auricular! Yo misma le hablaré…

—Aquí paso el auricular. Le hablará la jefa del movimiento militar.

—¿Nicolai Petrovich? Aquí habla Podshebiakina. Escúcheme, ¿qué pasa en el depósito? ¿Si una locomotora ya estaba preparada?

—Bueno camarada sargento —dijo Zotov—, vaya usted al coche de su convoy y si dentro de cuarenta minutos… Digamos, si hasta las seis y media no lo despachan, vendrá usted a informarme.

—A la orden, ¡vendré a informar! Solicito permiso para retirarme.

—Váyase no más.

El jefe de convoy se cuadró militarmente, dio una brusca media vuelta, con precisión y, en forma sincronizada, al dar el primer paso bajó la mano de la gorra y salió.

El teniente Zotov acomodó sus anteojos; éstos le daban una expresión severa a una cara completamente carente de severidad, y miró a la jefa del movimiento militar, Podshebiakina, una muchacha vestida con el uniforme de los empleados del ferrocarril, que llevaba sus abundantes rulos rubios esparcidos por los hombros y hablaba por el anticuado teléfono.

Después salió de la pequeña oficina y penetró en la suya,

también muy reducida. Ésta no tenía otra salida.

La oficina de la comandancia de línea se encontraba en un ángulo del edificio y justo encima de ella el caño del desagüe estaba roto. El grueso chorro de agua, que golpeaba ruidosamente detrás de la pared, era llevado a veces delante de la ventana de la izquierda, o bien al andén, o a la ventana de la derecha, que daba a un pasillo cerrado. Después de las prematuras y claras heladas de octubre, cuando las mañanas encontraban a toda la estación escarchada, comenzó a variar el tiempo, aumentó la humedad y desde el día anterior había empezado a caer una lluvia fría tan torrencial que hacía admirar a uno de que hubiera tanta agua en el cielo.

Pero la lluvia puso las cosas en su lugar: cesó el ajetreo humano, ese incesante andar de los ciudadanos por los andenes y las vías, que perturbaba la apariencia ordenada y el trabajo de la estación. Todos se ocultaban, nadie trataba de pasar en cuclillas por debajo de los coches, o encaramarse en las escalerillas de los vagones de carga, los lugareños no andaban con los baldes repletos de papas hervidas, y los pasajeros de los trenes de carga no deambulaban entre los trenes, como por un improvisado mercado de intercambios, con su carga de camperas, zapatos, ropa interior y la más variada indumentaria colgándoles de los hombros y brazos. (Éste comercio espontáneo molestaba mucho a Zotov: en realidad no tenía atribuciones para permitirlo y, por otra parte, tampoco podía prohibirlo porque no le enviaban víveres para los evacuados).

Los únicos que no buscaron refugio de la lluvia era la gente que estaba de servicio.

Por la ventana, Zotov veía a un centinela en la plataforma del vagón de carga cubierto con fundas; estaba de pie, totalmente empapado por el agua incesante, a la que ni siquiera trataba de sacudir. También en la vía tres, la locomotora para maniobras arrastraba a los vagones cisterna y el guardagujas, metido dentro de la capa con capuchón de lona impermeabilizada, le hacía señales con una banderita. La pequeña y oscura silueta del que controlaba los vagones pasaba por la segunda vía agachándose debajo de cada uno de ellos.

La lluvia sesgada y fuerte no cejaba. Empujada por el viento frío e incesante golpeaba contra los techos y paredes de los coches de

carga, contra el frente de las locomotoras, azotaba las costillas torcidas, quemadas y herrumbradas de dos docenas de vagones (el resto, se quemó en un bombardeo, pero se conservaban las partes de tracción para ser llevadas a la Teta guardia); bañaba los, cuatro cañones de artillería en las plataformas de los vagones descubiertos; juntándose con el crepúsculo que avanzaba, tapaba con una masa gris al ojo verde del semáforo y una que otra chispa ardiente que saltaba de las chimeneas de los coches de carga. Todo el asfalto del primer andén estaba inundado por el agua burbujeante y vidriosa, que no alcanzaba a escapar por los desagües, y los rieles mojados brillaban en el crepúsculo y hasta el terraplén pardo-grisáceo se estremecía con los charcos que no terminaban de absorberse.

Todo esto no producía sonido alguno, salvo la conmoción sorda de la tierra y el leve toque de la corneta del guardagujas: los silbos de las locomotoras habían sido suspendidos desde el primer día de la guerra.

Sólo la lluvia silbaba en el caño semidestruido.

Detrás de la otra ventana, en el pasillo, al lado de la verja del depósito, crecía un pequeño roble. El viento y la lluvia lo sacudían, lo empapaban. Había conservado hasta hoy algunas de sus hojas oscuras, pero ya se le volaban las últimas.

No había tiempo para mirar y observar. Había que desenrollar las cortinas de papel para cubrir las ventanas, encender la luz y sentarse a trabajar. Quedaba mucho por hacer hasta el relevo de las nueve de la noche.

Pero Zotov no bajó las cortinas. Se quitó la gorra con visera verde de su uniforme, que aún en su despacho y de guardia llevaba puesta; se quitó los anteojos y se empezó a frotar lentamente con los dedos los ojos cansados de pasar los números en clave de los transportes ferroviarios de un registro a otro. No era el cansancio el que lo había atacado sino una congoja se había metido en él, y lo roía en la precoz oscuridad del crepúsculo.

Y no era una congoja que sintiera por pensar en su mujer, que había quedado en Bielorusia, ocupada por los alemanes, con un niño por nacer. Ni por el pasado perdido, porque Zotov prácticamente carecía de pasado. Ni por los bienes perdidos, porque no los tuvo nunca, ni le importaban. La congoja y la depresión de Zotov le provocaban casi la necesidad de aullar en viva voz y

provenían de la marcha de las operaciones bélicas, incomprensibles hasta el absurdo. Según los partes de las operaciones publicados por la Oficina de Informaciones, *Informburo,* resultaba imposible trazar la línea del frente de batalla, era discutible en poder de quién se encontraba Jarkov y quién ocupaba a Kaluga. Pero entre los ferroviarios se sabía con certeza que los trenes no se enviaban más allá de la estación Uzlovaia, rumbo a Tula, y que pasando por Yelets apenas si llegaban a Verjovie. Por aquí y por allí los bombarderos atravesaban la línea Riasañ-Voronezh, y en Krechetovka también habían caído algunas bombas. Diez días atrás, dos enloquecidos motociclistas alemanes entraron a toda carrera a Krechetovka y la atravesaron disparando sus metrallas. A uno lo bajaron, el otro consiguió escapar, pero en la estación quedaron todos turbados por los disparos y el comandante del destacamento de «emergencia especial», que tenía por debes hacer volar los lugares claves en caso de evacuación, tuvo tiempo de destruir la torre de agua con dinamita preparada de antemano. Ahora habían hecho venir al vagón de reparaciones y los obreros estaban ya en el tercer día consecutivo de trabajo.

Pero no le preocupaba Krechetovka, sino la guerra. ¿Qué ocurre? ¿Por qué las cosas se desarrollan así?… No sólo no hubo revolución en toda Europa, no sólo no hemos entrado allí derramando «poca sangre» y destruyendo las maquinaciones de los agresores, sino que todo ha tomado un giro completamente distinto e imprevisto. Una pregunta atormentaba a Zotov: ¿Hasta dónde nos invadirán? Mientras hacía cualquier cosa durante el día, y cuando se acostaba por la noche, siempre pensaba en lo mismo: ¿hasta dónde?… Y cuando no prestaba servicio y dormía en su casa, igualmente se despertaba con el llamado del aparato radiorreceptor a las seis de la mañana, consumido por la esperanza de que resonara con un parte victorioso. Pero por la boca negra salían únicamente los informes sobre el frente de Viasma y Volokolam y su corazón se apretaba: ¿sería posible que también entregaran Moscú?

No solamente en voz alta (ya que era peligroso), sino que ni a sí mismo, Zotov se atrevía a preguntar aunque todo el tiempo pensara en esto tratando en vano de no hacerlo.

Esta pregunta siniestra no era la única. Entregar Moscú no era el peor de los males, ya lo habían hecho con Napoleón. Lo que le

quemaba era otra cosa: y después ¿qué?… ¿Y si llegaban hasta los Urales?…

Vasia Zotov consideraba como un crimen este avance de sus ideas temblorosas, ya que constituían una injuria, una ofensa contra el omnisapiente, el onmipoderoso Padre y Maestro[4], que está siempre presente, que lo prevé todo y tomará las medidas necesarias para no permitir jamás tamaña desgracia.

Pero los ferroviarios que llegaban de Moscú, que habían estado allí a mediados de octubre, contaban cosas monstruosas sobre la fuga de directores de las industrias, sobre los atracos a las cajas y los negociados, y la congoja taciturna volvía a apoderarse del teniente Zotov.

Poco tiempo atrás, en su viaje a Krechetovka, Zotov había vivido dos días en el distrito del comando. Organizaron allí una velada artística con los aficionados y un teniente delgado y pálido con el cabello suelto leyó sus versos, unos versos sinceros, no controlados por nadie. Vasia no tenía conciencia de haberlos memorizado y de repente las estrofas de aquella poesía volvieron a su mente. Y ahora, mientras caminaba por Krechetovka, o se dirigía con el tren al comando superior del empalme ferroviario, o bien viajaba en el carro hasta el consejo de la aldea, donde le fue encomendada la instrucción de niños e inválidos, Zotov repetía las palabras de aquella poesía y las analizaba como si fueran propias.

Nuestras, aldeas están en llamas y en humareda las ciudades…
Frenéticamente un solo pensamiento me traspasa y me habrá de traspasar…
¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Finalmente cuando…
la ofensiva de ellos lograremos frenar?…

Zotov se acordaba de que había otra estrofa que decía:

Si la obra de Lenin se derrumbara en estos días
¿para qué quiero seguir viviendo?…

Tampoco Zotov tenía ganas de seguir viviendo desde que había

empezado la guerra. Su pequeña vida valía únicamente por la utilidad que podía reportar a la obra revolucionaria.

Pero todos sus pedidos de ser enviado al frente de batalla fueron rechazados.

Quedó en el comando de trasportes ferroviarios.

No le importaba quedar con vida. Conservar su vida por su mujer y el futuro hijo tampoco le resultaba imprescindible. Pero en el caso de que los alemanes llegasen hasta Baikalo, y Zotov por algún milagro estuviese aún con vida, iría a pie por Kiajta, a la China o a la India, o al otro lado del océano, pero iría únicamente para incorporarse allá a los destacamentos militares reforzados para volver con armas a Rusia y a Europa.

Así permanecía de pie, cerca de la ventana en el crepúsculo, escuchando el ruido de la lluvia y los golpes del viento, todo encogido, repitiendo los versos de aquel teniente.

Cuanto más densa se volvía la oscuridad en la pieza, tanto más claro surgía el resplandor desde la portezuela de la estufa, de un color rojo-guinda por el calor de las llamas. Por el rectángulo estrecho del vidrio de la puerta de la pieza vecina penetraba un haz de luz amarillento: la jefa del movimiento militar de la línea NKPS[5] ya había encendido la luz.

Aunque no era una subordinada del ayudante del comandante militar, lo necesitaba con frecuencia por razones de trabajo, si bien no le correspondía saber cuál era el contenido de los convoyes, ni cuál el destino de las cargas, sino solamente conocer la numeración de los vagones.

Estos números los traía tía Frosia, que los copiaba directamente en las vías, y que penetraba en este momento en la oficina, sacudiendo pesadamente el agua de sus pies.

—¡Ah, qué lluvia torrencial! —se quejaba—. ¡Qué diluvio! Pero al parecer está cediendo un poco.

—Sin embargo, tendrás que anotar el setecientos sesenta y cinco, tía Frosia —dijo Valia Podshebiakina.

—Está bien, lo anotaré, déjame arreglar mi linterna.

La puerta no era gruesa, tampoco estaba cerrada del todo y Zotov podía escuchar la conversación de las dos mujeres.

—Por suerte, me las arreglé para conseguir un poco de carbón —decía tía Frosia.

—Ahora no tengo miedo, ya teniendo papas podré ingeniármelas para alimentar a los chicos. Y las papas de Dashka Melentieva no las excavaron aún. ¡Anda a cavar en el barro!

—Creo que pronto empezarán las heladas: Ya hace mucho frío.

—Tendremos un invierno temprano. Oh, con esta guerra y el invierno anticipado todavía… Y usted, ¿qué cantidad de papas pudo cavar?

Zotov suspiró y empezó a bajar las cortinas de papel que servían para enmascarar las ventanas, apretando prolijamente la cortina al marco de la ventana, para no dejar ni una rendija por donde podría traspasar la luz.

No podía entender los intereses de aquella gente y esto provocaba en él un sentimiento de ofensa, que le hacía experimentar una sensación de aguda soledad.

Toda esta gente trabajadora que lo rodeaba, al parecer también escuchaba en silencio sombrío los partes bélicos y se dispersaba luego de oírlos *con el mismo dolor silencioso. Pero Zotov veía la diferencia: los que lo rodeaban tenían otros intereses, además de las novedades del frente de batalla. Por ejemplo, desenterraban papas, ordeñaban vacas, serruchaban leña, enmarcaban los vidrios con masilla, y le dedicaban a estos asuntos casi más atención que a lo que sucedía en el frente de batalla.

¡Mujer imbécil! Consiguió carbón y ahora «no teme a nada, ni a nadie»… ¿Ni siquiera a los tanques de Guderian?

El viento sacudía al arbolito cercano al depósito y hacía temblar un vidrio en aquella ventana.

Zotov bajó la última cortina y encendió la luz. Y en seguida la atmósfera en la pieza limpia, bien barrida y caliente, aunque desnuda de muebles, se tornó acogedora. Logró sentirse más seguro y pensar en todo con mayor ánimo.

Directamente debajo de la lamparilla, en el centro de la pieza, se encontraba la mesa del empleado de guardia. Detrás de ella, cerca de la estufa, estaba la caja fuerte, y al lado de la ventana un sofá de la estación, antiguo, de roble, para tres personas y con respaldo (en este respaldo estaban recortadas claramente las letras que componían el nombre del ferrocarril).

En el sofá uno se podía acostar por la noche, pero rara vez resultaba posible, dada la cantidad de trabajó.

Había, además, un par de sillas toscas. Entre las ventanas colgaba un retrato en colores de Kaganovich con uniforme ferroviario.

Anteriormente, pendía ahí de la pared un mapa con las redes de comunicaciones, pero el capitán, jefe de la estación, ordenó que se lo retirara porque en la oficina entraba mucha gente y si entre ellos se escurría un enemigo podía mirarlo de reojo y darse cuenta hacia dónde conducían determinados caminos.

—Yo logré un canje favorable —se vanagloriaba en la pieza vecina tía Frosia—. Les saqué un par de medias de seda por cinco tortitas de papas. Tal vez no se consigan más medias hasta el final de la guerra. Dile a tu madre que no deje escapar la ocasión, que cocine cualquier cosa con las papas y las traiga para acá cuando lleguen los coches de carga repletos de gente. ¡Te las arrancan de las manos!…

—Gruñka Mostriukova, ayer cambió víveres por un camisón, pero ¡qué camisón raro! Un camisón de mujer, con aberturas, sabes, en lugares tan… ¡Es como para reírse! ¡Las mujeres se juntaron en su rancho para mirar cómo se lo probaba y se desternillaban de risa!

—También podrías comprarles jabón, lo dan muy barato. ¡Y sabes que el jabón es ahora un producto «faltante», no conseguirás comprarlo!

—Dile a tu madre que no deje perder semejante ocasión.

—No sé, tía Frosia…

—¿Qué? ¿Acaso no necesitas las medias?

—Las medias las necesito y mucho, pero me avergüenzo de tener que comprárselas a los evacuados…

—¡Es a ellos a quienes hay que comprarles! Ellos llevan cortes para trajes, vestidos, jabones, como si fueran a una feria. Muchos de ellos tienen la cara tan gorda porque no quieren comer otra cosa que gallina hervida, ¿qué te parece?… Algunos de ellos, según me contaron, tienen billetes de a cien, atados en paquetes, y sus valijas están llenas de semejantes paquetes. ¿Habrán robado un banco?… ¡Pero nosotros no necesitamos el dinero, que se lo lleven de acá!

—Pero ¿tus inquilinos?

—Son otra cosa… Son unos míseros mendigos, que tienen solamente lo que llevaban consigo cuando huyeron de Kiev, lo

puesto únicamente. No sé cómo lograron llegar hasta acá. Polinka trabaja en el correo, recibe un salario de miseria, y ¿qué podría adquirir con ésto? Yo llevé a su abuelo y le mostré el sótano, donde tengo papas y repollo agrio. «Llévate lo que quieras», le dije. ¡Tampoco les cobro nada por la habitación, no quiero nada de ellos! Siempre me dan lástima los pobres, Valiuska, pero los ricos, ¡que no se me acerquen!

En la mesa escritorio de Zotov había dos teléfonos: uno de comunicaciones, un aparato vetusto con caja amarilla de madera, igual al que hay en el despacho del jefe de movimiento militar, y el otro, su propio teléfono de campaña, unido con el despacho del capitán y con la guardia del puesto de abastecimiento de la estación.

Los soldados que custodian el puesto de abastecimiento representan la única fuerza militar del comando de Krechetovka, aunque su tarea principal consiste en el cuidado de los productos alimenticios. Ellos encienden también las estufas, limpian los despachos y se encargan de las reservas de combustibles, como ser del balde lleno de carbón negro y brillante que se encuentra en el rincón cerca de la estufa, para uso de Zotov.

Sonó el teléfono de comunicaciones. Venciendo la debilidad que se había apoderado de él en el crepúsculo, Zotov acudió con rápidas zancadas hacia el aparato, tomó el auricular, se colocó con la mano libre su gorra de uniforme y empezó a contestar a gritos la llamada telefónica.

Cuando hablaba con larga distancia siempre lo hacía a gritos, a veces porque se oía mal, otras veces, simplemente por costumbre.

De la estación Bogoiavlenskaia solicitaban la confirmación de los *documentos adjuntos* que se habían recibido y preguntaban cuáles eran los que faltaban aún.

Estos datos, como también las instrucciones en clave de la comandancia anterior, sobre el destino de los transportes a despachar, se trasmitían por telégrafo.

Sólo hacía una hora que Zotov se los había llevado a la telegrafista y ya recibía ella las nuevas instrucciones.

Tenía que ponerse a descifrar el nuevo material, para determinar qué transportes se podían acoplar y con cuáles, y hacia qué estación había que dirigirlos dando las indicaciones correspondientes al jefe

de movimiento militar acerca de los vagones que se podían acoplar entre sí.

Y, después componer y despachar nuevas guías sobre el transporte, archivando las copias.

Después de colocar el tubo en su lugar, Zotov cayó pesadamente en su sillón, inclinó su miopía sobre la mesa y se enfrascó en las guías.

Pero lo molestaban algo los ruidos que llegaban desde la otra pieza. Allí entró golpeteando con sus botas un hombre y arrojó al suelo una bolsa con hierros.

Tía Frosia le preguntó si seguía lloviendo fuerte o si amainaba.

El hombre gruñó algo y, a juzgar por el ruido, se sentó.

(La verdad es que el agua del caño roto no golpeaba con tanto estrépito, pero el viento crecía con fuerza y daba contra las ventanas).

—¿Qué dijiste, viejo? —preguntó a gritos Valia Podshebiakina.

—Está enfriando digo —contestó el anciano con la voz todavía profunda.

—Pero ¿me oyes, Gavrila Nikitich? —gritó a su vez la tía Frosia.

—Oigo —respondió el viejo—. Sólo que algo chasquea en mi oído.

—Pero ¿cómo puedes entonces revisar los vagones, abuelo? Si hay que revisarlos golpeando.

—Los veo.

—Tú no lo sabes Valia, él es de acá, de los nuestros, de Krechetovka. Se llama Kordubailo. Los obreros que revisan los coches en todas las estaciones son discípulos suyos. Antes de estallar la guerra, hacía ya diez años que había dejado de trabajar y se quedaba sentado al calor de la estufa en su casa. Y ahora, ves, salió otra vez a trabajar para ayudar.

A Zotov le molestaba esta charla incesante y quería acallarla, cuando en el despacho vecino empezaron a comentar lo sucedido el día anterior en el convoy de los *okruzhenzi*[6].

Zotov conocía el caso por su compañero de trabajo, otro ayudante de guardia del comandante militar, a quien le había tocado intervenir el día anterior para tomar las medidas pertinentes, porque Krechetovka carecía de su propia policía militar.

En la víspera se habían juntado en la estación dos convoyes: uno, proveniente de la estación Shchigr, por Otrozhka, llevaba en treinta vagones a los *okruzhenzi* y, para custodiar a estos treinta vagones cargados con gente tan temeraria y desesperada, venía una escolta de cinco milicias de la NKVD (policía secreta), que por supuesto no podía contra ellos. El otro tren llevaba carga de harina y provenía de la estación Rtishchev. Una parte de la harina se trasportaba en coches sellados y la otra en vagones semicubiertos, en bolsas.

Los *okruzhenzi*, hambrientos, captaron en seguida de qué se trataba, atacaron a los coches semicubiertos, treparon y empezaron a rasgar las bolsas con cuchillos, llenando con harina sus marmitas de campaña y convirtiendo sus camisas militares en sacos donde vertían la harina.

La escolta del tren que transportaba la harina colocó a dos centinelas, uno a la cabecera del convoy, el otro a la cola. El centinela que estaba a la cabecera, un muchacho jovencito, gritó varias veces que dejaran de tocar las bolsas de harina, pero nadie le prestó atención, y desde el coche de carga donde estaba el resto de la escolta, nadie acudió en su ayuda.

Entonces apuntó con la escopeta a las caras, disparó y con este único disparo dio en la cabeza de uno de los *okruzhenzi*.

Zotov escuchaba sus comentarios, no entendían nada, juzgaban lo sucedido de una manera incorrecta.

Sin aguantar más decidió explicarles el asunto. Abrió la puerta y se paró en el umbral mirándolos detrás de sus anteojos redondos y ordinarios.

A la derecha, en su mesa, ocupada totalmente con registros, diagramas y gráficos con cuadraditos multicolores, estaba sentada la espigada Valia.

Todo a lo ancho de la ventana, tapada con el mismo papel para enmascarar, se hallaba un banco tosco, y sobre este banco estaba sentada la tía Frosia, una mujer de edad, robusta, de porte dominante, masculino, como frecuentemente suelen poseer las mujeres rusas acostumbradas a arreglárselas solas en el trabajo y en la casa. El impermeable verde de lona, que les daban cuando cumplían con la guardia, abultaba, todo mojado, en la pared. Estaba sentada con sus botas mojadas y un tapado civil de apariencia

lastimosa y trataba de arreglar la mecha que había sacado de su linterna cuadrada portátil.

En la puerta de entrada se veía un afiche rosado que decía: «Cuídate del tifus». El papel del afiche tenía el mismo color rosado y enfermizo de la erupción tifoidea o de las costillas quemadas de los vagones destruidos por el bombardeo.

No lejos de la puerta, para no dejar rastros de suciedad en el piso, estaba sentado en el suelo, cerca de la estufa y apoyándose en la pared, el anciano Kordubailo.

A su lado había un viejo bolso de cuero con pesadas herramientas, tirado de manera tal que no obstruía el camino, y un par de manoplas manchadas con aceite de máquina.

Al parecer, el viejo se había sentado tal como vino, sin sacudirse el agua y sin quitarse nada de encima. Sus botas y el impermeable chorreaban agua, formando charcos en el piso. Entre las piernas, cruzadas en las rodillas, estaba sobre el suelo una linterna apagada, como la de la tía Frosia.

Debajo del impermeable, el viejo tenía puesto un capote desaseado, ceñido con un cinturón grisáceo y también sucio. Su capuchón estaba echado atrás y en la cabeza, todavía desgreñada, estaba fuertemente encasquetada, una gorra de uniforme viejísima.

La visera de la gorra hacía sombra a sus ojos; a la luz de la lamparita se destacaba únicamente su nariz azulada y sus labios gruesos. En ese momento, Kordubailo pegaba con saliva su cigarrillo hecho con papel de diario y empezaba a echar humo.

Su barba desmarañada conservaba algo de los cabellos oscuros entre el pelo canoso.

—Y ¿qué era lo que quedaba por hacer? —preguntaba Valia, golpeteando con su lápiz—. Si estaba en su puesto, si era centinela.

—Eso es cierto —asentía el anciano, meneando la cabeza, y dejando caer la ceniza gruesa y roja de la *majorka*[7].

—Es cierto… Todos quieren comer.

—¿A qué viene esto? —preguntó la joven frunciendo las cejas—. ¿Quiénes son «todos»?…

—Y… por ejemplo, tú y yo —contestó suspirando Kordubailo.

—¡Qué torpe que eres abuelo! ¿Es que ellos están hambrientos? Si reciben la ración del Estado. ¿Qué? ¿Es que estás pensando que los llevan sin darles su ración?

—Bueno, eso es cierto —afirmó el viejo y otra vez de su cigarrillo armado por él mismo, volvieron a caer los pedacitos rojos, ahora sobre sus rodillas y el borde de su capote.

—Cuidado, no te vayas a quemar, Gavrila Nikitich —le advirtió la tía Frosia.

El anciano miraba indiferente sin sacudir las ascuas de la *majorka* que se apagaban lentamente sobre sus mojados pantalones forrados. Cuando finalmente se apagaron, levantó un poco la cabeza desgreñada y canosa, con la gorra puesta y dijo:

—Ustedes, muchachas, ¿llegaron a comer alguna vez la harina cruda mezclada con agua?

—¿Y para qué comerla cruda? —se asombró tía Frosia—. La revuelvo, la amaso y la horneo.

El anciano lanzó un chasquido con sus labios pálidos y gruesos, y dijo después de una breve pausa (al parecer las palabras no le salían en seguida, sino qué caminaban en muletas largo tiempo desde el lugar donde nacían):

—Entonces, amiguitas, nunca conocieron el hambre.

El teniente Zotov, cruzó el umbral y sin poder contenerse más intervino:

—Escúchame abuelo, ¿tienes alguna idea sobre el significado de un *juramento*?

Zotov hablaba pronunciando fuertemente la vocal «o», como lo hacen los habitantes de algunas regiones del país.

El viejo miró al teniente con ojos turbios El mismo anciano no era grande, pero grandes y pesadas eran sus botas empapadas de agua y embadurnadas en ciertas partes con barro.

—No es algo que me haya faltado —refunfuñó—. Presté juramento cinco veces.

—Y ¿a quién prestaste juramento? —preguntó Zotov con mofa —: ¿al Zar Nicolás?

El viejo meneó negativamente la cabeza.

—Anda, ¡mucho antes!

—¿Cómo? —se asombró Zotov—. Entonces, ¿a Alejandro Tercero?

El viejo lanzó otro chasquido, esta vez con un dejo de tristeza, y siguió fumando.

—Y ¡bueno! —prosiguió Zotov—. Ahora prestan juramento al

pueblo. ¿No hay en esto una gran diferencia?

El viejo dejó caer más cenizas en sus rodillas.

—¿Y a quién pertenece la harina? ¿Acaso no pertenece al pueblo? —acotó acaloradamente Valia, echando atrás sus alegres rulos sueltos.

—¿Para quién llevaban la harina? ¿Acaso para los alemanes?

—Eso es cierto —volvió a asentir el viejo sin hacer ninguna tentativa de discutir.

—Y los muchachos que venían en el tren, tampoco eran alemanes. Eran de nuestro pueblo.

Terminó de fumar su cigarrillo de fabricación propia, lo dobló y lo apagó contra la tapa de la linterna.

—Qué viejo más torpe —observó Zotov sublevado.

—Pero ¿sabes lo que quiere decir el orden estatal? ¿Te das cuenta? Si cada uno llevase lo que se le antojare, yo llevo, tú llevas, y después, ¿qué? ¿Es que así ganaremos la guerra?

—Y ¿para qué cortaban las bolsas con cuchillos? —decía indignada Valia.

—¿Qué son esos modales? ¿Es así nuestro pueblo?

—Y seguramente las bolsas estaban cerradas —opinó Kordubailo y se secó la nariz con el dorso de la mano.

—¿Destruirlas así? Para que caiga afuera la harina y se derrame en las vías —se enojó tía Frosia—. Cuántas han roto y cuánta harina han derramado, camarada teniente. ¡Y con esto se podría alimentar a tantos chicos!

—Esto es cierto —dijo el viejo—. Pero con semejante lluvia y los coches semicubiertos el resto de la harina se va a mojar toda.

—Ah, no vale la pena discutir con él —dijo Zotov molesto, enojado consigo mismo por haber participado en la conversación—. ¡No hagan tanto escándalo! ¡No me dejan trabajar!

Tía Frosia terminó de limpiar la mecha, encendió el quemador y se fijó en la linterna. Se levantó para llevar su impermeable endurecido y retorcido.

—A ver, Valiusha, sácame punta al lápiz. Iré a anotar el convoy 765.

Zotov se retiró a su despacho.

Todo este asunto de la víspera hubiera podido terminar mucho peor. Los soldados *okruzhenzi*, al ver que habían matado a uno de

ellos, dejaron las bolsas con harina y se echaron rugiendo sobre el muchacho centinela. Le sacaron el fusil (aparentemente lo había entregado sin oponer resistencia), y empezaron a pegarle y finalmente lo hubieran despedazado a no ser por la llegada del cabo de guardia. Fingiendo detener al centinela se lo llevó.

Cuando llega un tren en el cual transportan a estos soldados *okruzhenzi*, cada jefatura de la estación trata de despachar al convoy lo más pronto posible para que prosiga viaje.

La noche anterior un convoy semejante fue recibido por Zotov, el numero 245413, que venía de Pavelez y se dirigía hacia Archeda. Procuró hacerlo continuar viaje lo más pronto posible. El convoy quedó detenido en Krechetovka unos veinte minutos; los *okruzhenzi* dormían y no salieron al andén. Los *okruzhenzi*, cuando son muchos, resultan gente muy peligrosa y osada. No son un destacamento militar, carecen de armas, pero se sienten integrantes del ejército de ayer, son aquellos mismos muchachos que en el mes de julio estuvieron con sus unidades cerca de Bobruisk, y en agosto cerca de Kiev, o bien en setiembre no lejos de Orel.

Zotov se intimidaba ante ellos, experimentaba, seguramente, la misma sensación del muchachito centinela que había entregado su fusil sin disparar más. Se avergonzaba de su situación de comisario del ferrocarril, en la retaguardia.

Los envidiaba y estaba dispuesto a asumir sus supuestas faltas, para reavivar la conciencia de que él también, en su pasado, había conocido los combates, los cañonazos, el fuego enemigo, los pasos y vados difíciles.

Todos los compañeros del curso de Vasia Zotov estaban en el frente de batalla.

Sólo él se encontraba aquí…

Por lo tanto, ¡había que trabajar con más afán! Trabajar no solamente para cumplir de una manera impecable con su trabajo de turno, sino para hacer otras cosas útiles en este tiempo.

Rendir el máximo de lo posible en estos días ya alumbrados por el resplandor del vigésimocuarto aniversario. La fiesta favorita del año, alegre a pesar de la estación otoñal, pero esta vez desgarrante para el alma.

Además del trabajo corriente, regular, ya desde hacía una semana existía un asunto pendiente, de incumbencia exclusiva de

Zotov: hubo un ataque aéreo a la estación y los alemanes la habían bombardeado certeramente y perjudicado mucho un convoy con carga militar, que llevaba además productos alimenticios.

Si lo hubieran destrozado del todo, el asunto habría quedado concluido. Pero, felizmente, se salvó gran parte y ahora le exigían a Zotov que detallara en cuatro ejemplares una lista completa de lo siguiente: 1) las cargas inutilizadas por completo (las que debían ser enviadas a sus correspondientes destinatarios para encargar las nuevas remesas en su reemplazo); 2) las cargas inutilizadas de un cuarenta hasta un ochenta por ciento (la utilización del resto debía decidirse en forma separada); 3) las cargas perjudicadas de un diez a un cuarenta por ciento (había que despacharlas al correspondiente destinatario, explicando la causa de los daños y reemplazarlas a algunas en parte) y por fin las cargas que quedaron intactas.

El asunto se complicaba porque, a pesar de estar todas las cargas del tren destruido por el bombardeo reunidas en los depósitos, no habían ejecutado en seguida este trabajo y por la estación deambulaba gente desconocida y extraña, de la cual se podía sospechar todo tipo de pillerías.

Además, la apreciación del porcentaje de la inutilización requería la presencia de técnicos expertos (estos expertos llegaban de Michurinsk y de Voronezh) y un traslado interminable de cajones en el depósito, de un lugar a otro, y no había cargadores.

Bombardear, esto lo puede hacer cualquier imbécil, pero anda a desenmarañar el asunto y poner las cosas en orden.

Sin embargo, a Zotov le gustaba la precisión final en cada labor. Por eso ya había realizado un gran trabajo al descifrar los papeles correspondientes, de los que pudo ocuparse hoy, y esperaba poder concluir con este asunto en el transcurso de la semana. Pero aquel trabajo también era una cosa transitoria, corriente. Porque Zotov encontró otra tarea. En este momento, él, una persona con preparación universitaria y con un carácter sistemático, trabajando como comisario militar del ferrocarril obtenía una vasta experiencia. Podía apreciar ahora, con claridad y precisión, las fallas en los reglamentos sobre la movilización, tales cuales habían sido concebidos cuando los sorprendió la guerra; también los defectos de organización de vigilancia de las cargas militares; le resultaban claras a Zotov, asimismo, algunas considerables y otras

menos importantes mejoras que podrían ser introducidas en el trabajo de las comisarías militares de las estaciones.

¿Acaso no constituía el deber primordial de su conciencia hacer todas esas observaciones, anotarlas, elaborarlas debidamente y presentar un informe al Comisariado Popular de la Defensa?

No importaba si este trabajo ya no podría ser utilizado en esta guerra, pero ¡cuánto significaría para otra contienda!

Para este trabajo, Zotov debía encontrar tiempo y fuerzas necesarias (si se lo contaba al capitán o lo contaba en el despacho del comisario militar del empalme ferroviario se mofarían de él. Era gente con mentalidad de corto alcance).

Entonces, ¡a trabajar rápidamente con las guías! Zotov frotó sus palmas redondas con dedos cortos y regordetes, tomó el lápiz de tinta y verificó las anotaciones en clave, anotó en varias listas con letra clara y ovalada los número con muchas cifras, y a veces con fracciones, de los trasportes, vagones y cargas.

Este trabajo exigía suma precisión, no permitía ni una ligera desviación, tal como con la puntería de un cañón. Lleno de aplicación, frunció la frente y abultó su labio inferior.

En ese momento, Valia Podshebiakina golpeó levemente en el vidrio de la puerta.

—¿Se puede, Vasil Vasilich? —y sin esperar mucho la respuesta, entró en el despacho, trayendo en sus manos también registros y guías.

En realidad, ella no debía entrar allí, la cuestión podía ser discutida en el umbral o bien en el despacho de ella, pero ya muchas veces le había tocado a Zotov estar simultáneamente de guardia con Valia y por delicadeza no podía impedirle que entrara.

Por eso se limitó a tapar las anotaciones cifradas y como si fuera de una manera casual colocó una hoja de papel blanco sobre las columnas de cifras que estaba anotando.

—Vasil Vasilich, ¡parece que me he confundido! ¡Mire usted!…

No había otra silla cerca de la mesa y Valia simplemente se apoyó sobre el borde de la mesa y volvió hacia Zotov el registro con líneas torcidas y cifras desiguales.

—Acá, en el convoy 446 hay un coche, el número
57-831.
¿Hacia dónde hay que enviarlo?

—Se lo digo en seguida.

Zotov sacó un cajón, consideró un momento cuál de las tres carpetas con ganchos tenía que tomar (abrió cuidando de que Valia no alcanzara a mirar adentro), y encontró de inmediato:

—57-831, para Pachelma.

—Ajá —dijo Valia, anotó «Pach» pero no se retiró, sino que se dedicó a chupar la punta del lápiz mientras seguía mirando su registro, siempre inclinada sobre la mesa de Zotov.

—Acá escribiste muy poco legible la letra «ch» —la reprendió Zotov—. Después vas a leer «V» en lugar de «ch» y en lugar de Pachelma los enviarás a Pavelez.

—¿Será posible? —contestó Valia sin inmutarse—. Deje usted Vasil Vasilich de meterse conmigo.

Lo miró por debajo de sus rulos.

Pero arregló la letra «ch».

—Después hay otra cosa más… —dijo estirando las palabras, y llevó otra vez el lápiz a la boca. Sus rulos abundantes color lino, bajaron a la frente, le taparon los ojos, pero ella no los sujetaba. Se veía que estaban bien lavados y deberían resultar muy suaves al tacto.

Zotov se imaginó qué agradable sería tocarlos con la mano.

—… otra cosa… El vagón
1-05-110.

—¿El vagón chico?

—No, el grande.

—Me parece que es una equivocación.

—¿Por qué?

—Porque falta un número.

—¿Y qué se puede hacer ahora?

Ella echó el pelo hacia atrás. Sus pestañas eran también casi blancas.

—¡Hay que buscar, Valia! Esto es lo que hay que hacer, prestar más atención. ¿El convoy es el mismo?

—¡Si-í!

Zotov consultó su carpeta y empezó a verificar los números.

Mientras tanto Valia miraba al teniente, a sus cómicas orejas algo apartadas, su nariz chata en forma de papa y sus ojos de un azul pálido, un poco grisáceo, que se veían muy bien a través de los

anteojos.

En el trabajo resultaba a veces muy quisquilloso, pero no era malo este Vasil Vasilich. Y lo que le gustaba especialmente era el hecho de que Zotov fuera un hombre educado y no un descarado.

—¡Eh! —se enojó Zotov—. ¡Habría que darte unos azotes! No dice acá 05, sino 005, ¡cabeza torpe!

—¡Do-os ceros! —se asombró Valia e intercaló el cero en el lugar indicado.

—Y pensar que terminaste los diez grados del colegio. ¿No tienes vergüenza de equivocarte así?

—Deje usted Vasil Vasilich, ¿qué tiene que ver con esto mi colegio? ¿Y hacia qué destino debo anotar a este tren?

—¡Para Kirsanov!

—¡A-ja! —dijo Valia anotando.

Pero no se marchaba. Seguía siempre en la misma posición, inclinada sobre la mesa del teniente, cerca de él. Quedó pensativa y jugaba con una astilla de madera en la tabla de la mesa: la inclinaba y la astilla volvía a su sitio.

La mirada de los ojos masculinos se deslizaron involuntariamente por sus pequeños pechos juveniles, que se veían mientras estaba inclinada. Si no, estaban siempre disimulados por el pesado uniforme del ferrocarril.

—Pronto ha de terminar la guardia —dijo Valia y frunció los labios. Eran muy frescos, de un color rosa-pálido.

—Antes de terminar la guardia hay que trabajar todavía —dijo Zotov ceñudo y dejó de observar a la joven.

—¿Otra vez irá usted a la casa de la vieja?… ¿Sí?…

—Y ¿dónde quieres que vaya?

—¿No va a visitar a nadie?…

—¡Lindo tiempo encontraste para hacer visitas!

—¿Qué es lo que le atrae en casa de esa vieja abuela? Ni siquiera tiene una cama decente. ¡Si duerme usted sobre un baúl!

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—La gente lo sabe y comenta.

—No es ésta una época, mi pequeña Valia, para pegarse a las sábanas. Especialmente para mí. Ya me avergüenza bastante el hecho de no estar en el frente de batalla.

—Y ¿por qué? ¿Como si no trabajara usted acá bastante? ¿Qué

vergüenza hay en esto? A lo mejor, todavía le tocará acurrucarse en alguna trinchera. Quién sabe si saldrá con vida… Mientras tanto, hay que vivir como la gente.

Zotov se quitó la gorra, se frotó la frente algo dolorida (la gorra le quedaba un poco chica pero no había encontrado otra para él en el depósito).

Valia dibujaba con el lápiz en el ángulo del registro un lazo angosto y largo, semejante a una garra.

—¿Y por qué se fue usted de casa de los Avdeev? ¡Si estaba mucho mejor allá!

Zotov bajó los ojos y enrojeció violentamente.

—¡Me fui y basta!

(¿Sería posible que se supiese en el poblado lo que sucedió en Avdeev?…).

Valia seguía afilando la garra con su lápiz.

Ambos callaron.

Valia miró de reojo su cabeza redonda. Si le quitaran los anteojos la cabeza se asemejaría a la de un chico, el pelo, claro y ralo, se levantaba en rizos, acá y allá, como formando signos de interrogación.

—Al cine tampoco nunca va usted. Seguramente tendrá libros interesantes. Podría prestarme alguno de ellos.

Zotov se estremeció. El color rojo persistía en su rostro.

—¿De dónde sabes que tengo libros?

—Y… se me ocurre no más.

—No tengo libros yo. Quedaron en mi casa.

—Lo que pasa es que usted no quiere prestármelos.

—¡Te digo que no los tengo!… ¿Podría acaso arrastrarlos conmigo a todas partes? El soldado tiene su bolsa con ropa y esto es lo que le está permitido.

—Entonces, llévese alguno de los nuestros.

—¿Y ustedes tienen muchos?

—Hay varios en el estante.

—¿Cuáles son?

—¿Cuáles?… *El alto horno* y también *El Príncipe Serebriani*[8]. Hay también algunos otros…

—Y tú ¿los has leído todos?

—Algunos, sí. —Y de repente, levantando la cabeza, lo miró de

frente y le dijo de un tirón:

—¡Vasil Vasilich! ¡Múdese a casa! Tenemos desocupada la pieza de mi hermano Vovka, ¡sería suya! La estufa calienta bien, hace calor allí. Mamá le prepararía la comida. ¿Qué ganas tiene usted de quedarse con la vieja?

Ambos se miraron, cada uno con su secreto pensamiento.

Valia veía que el teniente vacilaba y que estaba a punto de consentir.

¿Y por qué no consentiría el extravagante éste? Todos los militares siempre dicen que son solteros, sólo éste proclama estar casado. Todos los militares están bien alojados en el poblado, ubicados en casas de buenas familias, abrigados y bien cuidados.

Valia deseaba que en su casa, de donde el padre y el hermano habían marchado a la guerra, se alojara un hombre. Entonces, una vez terminada la guardia, podrían volver juntos a casa, y por las calles llenas de barro del poblado tendrían que ir por supuesto tomados del brazo. Después se sentarían alegremente a la mesa, a bromear, a contarse algo…

Pero Vasia Zotov miró casi asustado a la muchacha que lo invitaba abiertamente a su casa.

Ella tenía solamente tres años menos que él y si le decía de usted y lo llamaba «Vasil Vasilich», no era por ser él mayor que ella, sino por respeto a las chapitas rojas que denunciaban su grado de teniente.

Vasia entendía muy bien que el asunto no habría de terminar con las comidas ricas preparadas con su ración seca y con el calor de la estufa. Se sintió excitado. Tuvo unas ganas locas de tocar con la mano, de acariciar sus rulos claros y accesibles.

Pero, no se podía…

Se ajustó el cuello, con las chapitas rojas sobre los galones verdes, aunque el cuello no le molestaba para nada, y arregló sus anteojos.

—No, Valia, no me mudaré a otra parte. El trabajo espera, ¿qué hacemos acá los dos charlando?

Y volvió a colocarse la gorra verde, lo que tornó su cara inofensiva de nariz chata en un rostro mucho más severo.

La muchacha lo miró de reojo y dijo lentamente:

—Bueno, que sea como usted dice, Vasil Vasilich.

Suspiró. Se enderezó con dificultad, como si no fuera tan joven, de su posición incómoda, y arrastrando el registro con la mano caída salió.

Zotov parpadeó perplejo. Tal vez si Valia hubiese vuelto otra vez y le hubiera dicho firmemente que se mudara, él habría cedido.

Pero Valia no volvió.

A nadie podría explicar Vasia por qué vivía en el sucio y frío rancho de la vieja con sus tres nietos y dormía sobre el incómodo y corto baúl.

Durante el ruidoso ajetreo masculino del año cuarenta y uno se mofaron de él varias veces, cuando contaba en voz alta que quería a su mujer y pensaba serle fiel durante toda la guerra y por su parte respondía por ella.

Los muchachos buenos, amigos complacientes, reían en forma salvaje, le palmeaban el hombro y le aconsejaban que no se corrompiera. Desde aquel entonces, Zotov no habló más de esto con nadie y sólo al despertar por las noches se sentía dominado por una congoja, al pensar cómo habría de sentirse ella sola allá, lejos, muy lejos, bajo el dominio de los alemanes y esperando una criatura.

Pero no fue por su mujer que rechazó la invitación de Valia, sino por Polina…

Y no precisamente por Polina, sino por…

Polina era la morocha fugitiva de Kiev, con el pelo corto y la piel mate, que vivía en casa dé la tía Frosia y trabajaba en el correo.

Cuando Vasia disponía de tiempo libre iba al correo a leer los periódicos del día (si no le llegaban varios números en atados, siempre con atraso). Allí podía leerlos en fecha y verlos a todos, y no solamente uno o dos.

Es claro que el correo no es una sala de lectura, y nadie tiene la obligación de prestarle los diarios para leer, pero Polina lo entendía y le acercaba todos los periódicos a la punta del estante, donde él, de pie, los leía en el ambiente frío de la oficina.

Para Polina, como para Zotov, la guerra no representaba el rodar de una rueda implacable, sino que constituía toda su vida, su futuro y, para hurgar en ese futuro, ella también, con manos nerviosas, desplegaba aquellos diarios y buscaba pequeños indicios que pudieran aclarar la marcha de los acontecimientos bélicos.

Muchas veces leían el uno al lado del otro, apresurándose a

mostrarse mutuamente las informaciones importantes. Los diarios reemplazaban para ellos a las cartas que no recibían. Polina leía atentamente los partes bélicos, tratando de adivinar dónde se encontraba su marido y, siguiendo el consejo de Zotov, leía, arrugando su frente mate, hasta los artículos sobre la táctica de los tanques y tiradores en la *Estrella Roja*.

En cuanto a los artículos de Ehrenburg, Vasia los leía para ella emocionándose mucho con esta lectura. A veces, accediendo a su pedido, Polina le regalaba algunos diarios viejos que no habían llegado al destinatario y él recortaba todo lo que escribía Ehrenburg y lo guardaba.

Llegó a querer a Polina, a su hijo y a su madre, solamente como la gente que está en la adversidad sabe querer. Le dejaba para el hijito el azúcar de su ración.

Pero jamás, al hojear los diarios, se atrevió a tocar con un dedo la mano blanca de ella; y no era porque pensara en el marido de Polina ni en su propia mujer, sino a causa del dolor sagrado que los había unido.

Polina se convirtió para él en Krechetovka, no, no solamente en Krechetovka, sino en toda la región de este lado del frente de batalla, en la persona más próxima, en el «ojo» de su conciencia y el «ojo» de su fidelidad… ¿Cómo podría él alojarse en la casa de Valia? ¿Qué llegaría a pensar de él Polina?

Pero aun sin Polina, le resultaba imposible consolarse despreocupadamente con otra mujer cuando todo lo que él amaba amenazaba con derrumbarse.

También le resultaba incómodo confesar a Valia y a los tenientes con quienes se turnaba en la guardia, que él tenía una lectura, nocturna, que existía un libro de cabecera, uno sólo, tomado en una biblioteca ocasional, durante los desordenados viajes de este año y que siempre lo llevaba consigo en su bolsa militar.

Este libro era el grueso tomo primero de *El Capital*, encuadernado en azul, impreso en el papel amarillento y áspero de los años treinta.

Durante todos sus cinco años de estudios superiores había soñado con este libro, lo había sacado muchas veces de la biblioteca del Instituto para hacer un breve resumen. Lo había tenido en su casa, durante meses, un año entero, pero nunca pudo hallar tiempo

para leerlo.

Además de los estudios y exámenes, debía concurrir a reuniones y cumplir con los trabajos sociales. Y llegado el mes de junio, devolvía el libro a la biblioteca.

Cuando estudiaba economía política, y éste era el momento más apropiado para leer *El Capital*, el profesor les decía: «se van a ahogar», y recomendaba utilizar el manual de Lapidus y trabajar con las recopilaciones de las conferencias.

Y tenía razón el profesor, apenas si alcanzaban a terminar con todo.

Pero ahora, en el otoño del año cuarenta y uno, en la llamarada de una enorme congoja, Vasia Zotov podía encontrar acá, en este lugar perdido, el tiempo necesario para leer *El Capital*.

Así lo hacía en las horas libres que le dejaba el trabajo, la enseñanza que impartía y las sesiones del Comité Regional del Partido.

En la casa de Avdeev, en el reducido saloncito, todo lleno de plantas de filodendrón y aloe, Zotov se sentaba a la pequeña mesa inestable y a la luz de la lámpara de kerosene (no alcanzaba la energía eléctrica del generador diesel para todas las casas), alisando el áspero papel con la mano, leía. La primera vez, para darse cuenta, la segunda vez para marcar los lugares principales y la tercera para copiar lo leído y tratar de memorizarlo.

Cuanto más siniestros eran los partes bélicos, más tenazmente se sumergía Zotov en el libro grueso y azul. Pensaba que con haber memorizado, aunque fuera tan sólo este primer tomo, se volvería invencible, invulnerable e irrebatible en cualquier discusión ideológica.

Pero no hubo muchas de tales noches, y pocas páginas fueron marcadas por Zotov, cuando Antonina Ivanovna echó todo a perder.

Ella también era inquilina de los Avdeev. Proveniente de Lisky recibió aquí, en Krechetovka, en seguida, el puesto de encargada del comedor. Era una mujer de negocios, muy práctica y fuerte, así que en el comedor resultaba difícil armar escándalos. En este comedor a su cargo, Zotov lo supo luego, por un rublo entregaban desde la ventanilla una escudilla de barro llena de agua caliente, gris y carente de grasa, donde nadaban algunos fideos. Aquellos que no querían tomarla directamente de la escudilla, debían abonar un

rublo como seña por usar una vieja y cascada cuchara de madera.

En cuanto a la misma Antonina Ivanovna, ordenaba de noche a los Avdeev que prepararan el samovar. Luego aparecía trayendo a la mesa de los dueños de casa pan y manteca. Aparentaba unos veinticinco años, pero era una mujer fuerte, de tez blanca y lisa. Saludaba al teniente de una manera afable, a la que él respondía distraído y por mucho tiempo éste la confundió con una pariente que venía a visitarlos.

Inclinado sobre su primer tomo, Zotov no se daba cuenta cómo ella al volver también tarde del trabajo, atravesaba su salita de paso hacia su dormitorio desde donde retornaba a la habitación de los dueños y desde ahí, de nuevo a su pieza.

A veces se aproximaba a él y le preguntaba:

—¿Qué está leyendo usted camarada teniente?

Zotov tapaba el libro con la mano y contestaba con evasivas.

Otra vez preguntaba:

—Qué le parece, ¿no es peligroso que de noche no cierre mi puerta con llave?

Zotov respondía:

—¿Qué puede temer usted? Si yo estoy acá y tengo armas.

Pasaron unos días más y una noche, mientras estaba sentado con su libro, tuve la sensación de que ella había dejado de deambular de acá para allá y que no había salido de su salita. Se dio vuelta y quedó pasmado: directamente ahí, en su pieza, ella se había preparado una cama en el sofá y ya estaba acostada, el cabello suelto en la almohada, y los hombros blancos, desnudos e impertinentes sobresaliendo de la frazada.

La miró sin saber qué hacer.

—¿No lo molesto acá? —preguntó ella con tono burlón.

Vasia se levantó, confundido. Hasta hizo un paso hacia ella, pero la vista de aquella exuberante ladrona engrosada a costa de los demás le provocó repulsión.

No pudo decirle nada, su garganta ahogada por el odio.

Se dio vuelta, cerró ruidosamente *El Capital*, encontró las fuerzas y el tiempo necesarios para meterlo en la bolsa, se precipitó hacia la pared, donde de un clavo pendía su capote militar y su gorra, sacando el cinturón muy pesado, por la pistola metida en la funda, y sin colocárselo, sosteniéndolo en una mano, salió

apresuradamente.

Salió a la oscuridad impenetrable, adonde ni de las ventanas enmascaradas, ni del cielo cubierto de nubes, llegaba el más leve haz de luz. Sólo un viento frío, otoñal, mezclado con la lluvia, como el de hoy, le azotaba furiosamente la cara.

Tropezando en los charcos y en el barro, Vasia se dirigió a la estación ferroviaria, sin darse cuenta en ese momento de que llevaba en la mano el cinturón con la pistola.

La ofensa lo quemaba y lo consumía y, casi rompió a llorar, deambulando por ese negro despeñadero.

Desde aquel entonces no tuvo más tranquilidad en casa de los Avdeev.

Desde entonces, Antonina Ivanovna dejó de saludarlo y empezó a traer a su habitación a un jetudo, un civil, pero vestido con botas y camisa militar, como lo exigía el espíritu de la época.

Zotov trataba de trabajar, pero ella dejaba a propósito la puerta entreabierta para que él escuchara cómo se divertían y cómo ella chillaba y lanzaba suaves gemidos.

Entonces se mudó al rancho de la abuela semisorda, donde para dormir disponía solamente de un baúl cubierto con una áspera tela. Pero, al parecer, el chisme fue conocido en Krechetovka. ¿Sería posible que también llegase hasta los oídos de Polina? Qué vergüenza…

Estos pensamientos lo distrajeron del trabajo. Tomó otra vez el lápiz de tinta y se obligó a concentrarse en él. Con letra clara y ovalada escribió en las guías los números de los transportes y las cargas, preparando así nuevas guías con copias.

Habría terminado este trabajo de no ser que resultó poco clara la distribución de un transporte grande que llegaba desde Kamyshin. Este asunto tenía que resolverlo el comisario militar en persona. Zotov hizo sonar su teléfono de campaña, tomó el auricular y escuchó. Lo hizo zumbar nuevamente, ahora en forma más prolongada. Y una vez más. El capitán no contestaba.

Significaba que no se encontraba en su despacho. Tal vez descansaba en su casa después de comer. Antes del cambio de la guardia vendría seguramente para escuchar los informes.

Del otro lado de la puerta, Podshebiakina a veces llamaba al jefe

de movimiento de la estación.

Llegó tía Frosia y luego se fue.

Después se oyeron pisadas de dos pares de botas pesadas. Golpearon a la puerta, la entreabrieron y preguntaron sonoramente:

—¿Nos permite entrar?

Y sin esperar la respuesta, entraron. El primero era alto, de una verdadera estatura de granadero, ágil, con la cara rosada por el frío. Llegó hasta el centro del despacho y taconeando informó:

—Comandante del convoy de trasporte número
95-505.
¡Sargento Gaidukov! ¡Treinta coches pullman, todo en orden, listo para seguir viaje!

Llevaba puesta una gorra nueva de invierno, un lindo capote militar con el corte del de un oficial superior, con tajo, ceñido y con un ancho cinturón de cuero con hebilla en forma de estrella y unas botas de cuero bien lustradas.

Entonces el segundo de los recién llegados, con pasos lentos e indecisos, avanzó un poco, sin apartarse demasiado de la puerta. Era robusto, de tez morena, oscura como el roble. Levantó con desgano los cinco dedos hasta su casco *Budenovka*[9] con las orejeras bajadas, pero no prendidas, y no informó militarmente, sino que dijo en voz baja:

—Comandante del convoy de trasporte
71-628,
sargento segundo Dyguin. Cuatro vagones de dieciséis toneladas.

El capote de Dyguin, de simple soldado, estaba ceñido con un cinturón angosto de lona, tenía un borde torcido, como si se lo hubiera aprisionado alguna máquina, las botas con caña de lona muy usadas, con la parte superior acordonada en muy mal estado.

La cara del sargento segundo Dyguin era una cara ceñuda, con mandíbula pronunciada como la de Chkalov, el joven y valeroso Chkalov, amigo de Vasia Zotov, caído hacía poco. Pero era el rostro de un Chkalov con muchos años y mucho sufrimiento encima.

—¡Muy bien! —dijo Zotov levantándose—. ¡Me alegro mucho! ¡Me alegro mucho!

Ni por su rango ni por su trabajo tenía la obligación de levantarse ante cada sargento que entrara en su despacho. Pero es que, en realidad, lo alegraba la presencia de cada uno de ellos y se

apresuraba a complacerlos de la mejor manera posible.

No tenía subordinados propios y los que llegaban por cinco minutos o por dos días eran los únicos con quienes Zotov podía demostrar sus atenciones dé comandante y su habilidad administrativa.

—Ya sé, ya sé, sus guías me llegaron hoy —dijo Zotov.

Las encontró en su mesa y echó una ojeada.

—Acá están, acá…

95-505,

71-628

—y levantó sus ojos llenos, benévolos, hacia los dos sargentos.

Sus gorras y capotes estaban apenas rociados por la lluvia.

—¿Cómo? ¿Llegaron ustedes secos? ¿Quiere decir que cesó de llover?

—Amainó un poco —le contestó sonriendo Gaidukov meneando la cabeza. Permanecía de pie en una postura no del todo firme, pero bien erguido.

—El viento del norte sopla muy fuertemente.

Tendría unos diecinueve años, pero su cara llevaba la marca prematura de la virilidad. Su aspecto confiado se había alterado por lo sufrido en el campo de bata la, tal como los rayos del sol alteran el color anterior de la piel.

(Era justamente esta marca dejada por las luchas lo que levantaba a Zotov de su silla).

En realidad era muy poco lo que el ayudante del comisario militar tenía que ver con ellos.

De todos modos, no convenía hablar con los sargentos acerca del contenido de las cargas. Tenían que llevar los coches sellados, los cajones tapados y clavados, e ignorar ellos mismos qué era lo que estaban trasportando.

Pero ellos, sí, necesitaban mucho del comisario militar de la estación de paso.

Y así los dos clavaron sus ojos en Zotov, un par de ojos de mirada alegre y otro de mirada sombría.

Gaidukov trataba de adivinar qué clase de hombre era el comisario este, si no se trataba de una rata de retaguardia que en seguida querría revisar sus convoyes y cargas.

Por su carga no temía mayormente, no sólo la cuidaba de una

manera muy especial, sino que la quería: consistía en unos centenares de magníficos caballos, enviados por un teniente previsor e inteligente, que cargó en el mismo trasporte heno prensado y avena en cantidad suficiente, pensando que no podría abastecerse de nuevo en el trayecto.

Gaidukov había crecido en el campo. Desde chico adoraba los caballos y ahora visitaba a los del tren como a amigos, por su propio deseo. Ni por obligación ni para cumplir con su deber ayudaba a los soldados a darles de comer, de beber y a cuidarlos.

Cuando corría la puerta del vagón de carga y subía por la escalera de alambre grueso llevando en su mano la vasija de avena y heno, los dieciséis caballos que se encontraban en el vagón, bayos, alazanes, tordillos y zainos, volvían hacia él sus hocicos atentos, largos y sagaces y algunos los colocaban en el lomo del vecino mirándolo con sus ojos grandes y tristes, sin parpadear.

Parecía que no sólo le pedían comida, sino que deseaban preguntarle acerca del enorme cajón que se sacudía tan fuertemente y con tanto estrépito y hacia dónde los llevaban y para qué. Y Gaidukov daba vueltas abriéndose paso entre sus grupas calientes, les acariciaba las crines, y cuando los soldados no estaban presentes, también les acariciaba los hocicos, y conversaba con ellos.

A ellos les resultaba más pesado dirigirse al frente de batalla que a las mismas personas humanas. Tenían tanta necesidad del frente como de una quinta pata.

Lo que temía Gaidukov era que el comisario militar del ferrocarril fuera a mirar el vagón de carga en el que viajaba él. (Al parecer el comisario ese era una buena persona y no había que temer nada de él). Aunque los soldados que iban en el convoy de Gaidukov eran en su mayor parte nuevos reclutas, él mismo ya había estado en el fragor del combate y durante el mes de julio había resultado herido cerca del río Dnieper. Permaneció luego internado dos meses en el hospital donde se desempeñó en los trabajos del depósito y ahora otra vez volvía al frente de batalla.

Por eso conocía muy bien los reglamentos y también la manera y el momento en que se los podía quebrantar.

Su destacamento se componía de veinte hombres jóvenes que sólo acompañaban al trasporte de los caballos. Una vez entregados

tendrán que incorporarse a la división. Tal vez en el trascurso de pocos días sus uniformes estarán manchados por el barro de las trincheras. Y tendrán suerte si llegan a contar con las trincheras. De lo contrario, como le sucedió al mismo Gaidukov, tendrán que esconderse detrás de pequeños montículos para protegerse de las minas alemanas que los presionan. Esos morteros habían conseguido enfadar mucho a Gaidukov en el verano.

Así que los últimos días de seguridad querían vivirlos en un lugar tibio, amistosamente y de una manera alegre. En su amplio vagón de carga ardían con fuerza, sin cesar, dos estufas de hierro fundido, mantenidas con carbón de piedra conseguido en los otros transportes. Su convoy no había tropezado con dificultades y atravesaba rápido el camino. Sin embargo, siempre tenían tiempo para dar de beber a los caballos y una vez cada tres días abastecerse de víveres en base a sus tarjetas.

Y cuando un convoy marchaba ligero daba siempre deseoˆ de viajar en él.

Aunque el reglamento prohibía la entrada de los civiles a los despachos de los guardias, el mismo Gaidukov y también su ayudante, que imitaba su manera desenvuelta de ser, no podían ver indiferentes a la gente que se helaba en las vías otoñales y corría desesperada a lo largo de los trenes.

No es que dejaran viajar a todos los que lo pedían, pero a muchos no se lo negaban.

A un inspector muy astuto lo dejaron por un litro de *samogon*[10], a un anciano pelirrojo por un buen trozo de tocino, a otros por nada, por sentir lástima.

Especialmente bondadosos y sensibles se mostraban con las muchachas y las mujeres jóvenes. Les alargaban los brazos y las ayudaban a subir al vagón.

Ahora en el calor del vagón, lleno de ruidos, el anciano pelirrojo musita algo sobre la primera guerra mundial, cuenta cómo le faltó poco para recibir la Cruz de San Jorge[11] y sólo una de las chicas, muy reservada, seguía sentada enfurruñada cerca de la estufa. Las otras ya hace rato que por el calor se quitaron los tapados, las camperas y hasta las blusas. Una que quedó en camiseta roja, ella misma enrojecida, lava las camisas de los soldados y pega a su ayudante voluntario con el rollizo de alguna prenda exprimida

cuando se le acerca demasiado.

Dos muchachas cocinan para los muchachos, agregando a la seca ración militar la grasa traída de sus casas. Aquella sentada allá remienda para todos, arregla todo lo roto.

Cuando el tren salga de la estación cenarán todos juntos; después, a la lumbre del fuego, cantarán, acompañados por el ruido tumultuoso del vagón en plena marcha. Luego, sin dar mucha importancia a quién le toca estar de guardia y a quién no (todos se cansan de la misma manera dando de beber a los caballos), se dispersarán por los catres de tablas cepilladas a dormir, según se ubiquen.

No todas aquellas jóvenes mujeres, que ayer no más despidieron a sus flamantes maridos para la guerra, ni tampoco todas las muchachas, resistirán la tentación de quedar firmes donde están y muchas se acostarán entrelazadas con los muchachos en los lugares donde no dé la luz del farol.

Difícil sería no apiadarse del soldado que va al frente de batalla. Podrían ser sus últimos días de vida…

Así lo único que quería ahora Gaidukov del comisario militar era que lo dejara ir lo más pronto posible. También le interesaba averiguar el itinerario a seguir. Primero, por sus pasajeras, para saber dónde podría hacerlas descender, y también por él, para enterarse en qué zona del frente de batalla habrían de luchar. ¿No pasaría alguno del contingente cerca de su casa?

—Ajá —decía el teniente mirando las guías. ¿Ustedes no llegaron juntos? ¿Los acoplaron hace poco?

—Sí —contestó Gaidukov—, unas estaciones antes.

Fijando su vista en los papeles, el teniente abombó los labios.

—Pero ¿por qué los mandaron a ustedes acá? —le preguntó al «viejo Chkalov»—. ¿Estuvieron primero en Pensa?…

—Estuvimos —contestó roncamente Dyguin.

—Pero ¿para qué diablos los enviaron por el camino de Riazhsk? Si es para no creer.

¡Qué chapuceros!

—¿Viajaremos juntos ahora? —preguntó Gaidukov.

(En el camino al despacho del comisario militar conversó con Dyguin y supo su destino. Ahora le interesaba averiguar también cuál era el suyo).

—Hasta la estación Griasi, juntos, sí.

—Y ¿después? —quiso saber Gaidukov.

—Secreto militar —dijo Zotov, pronunciando fuertemente la «o» y sacudiendo negativamente la cabeza. Entornando los ojos, miró de abajo hacia arriba al alto sargento.

—Pero, no obstante, quisiera saberlo… ¿Iremos por Kastornaia, o no?

Gaidukov trataba de convencerlo, insinuante, inclinándose hacia el teniente.

—Lo sabrá luego —quiso contestar severamente Zotov, pero sus labios temblaron en una sonrisa y Gaidukov dedujo que había adivinado, que irían por la estación de Kastornaia.

—¿Partiremos directamente esta noche? —siguió averiguando.

—Sí. No puedo detenerlos —contestó Zotov.

—Yo no puedo partir esta noche —dijo Dyguin, serio y hostil.

—¿Usted personalmente no puede? —preguntó Zotov inquieto —. ¿Está enfermo?

—No sólo yo. El convoy no puede proseguir viaje.

—Pero… ¿cómo?… ¡No lo entiendo! ¿Por qué no puede usted proseguir viaje?

—¡Porque no somos perros! —se le escapó a Dyguin y los globos de sus ojos giraron furiosamente bajo los párpados.

—¿Qué manera de hablar es ésta? —replicó Zotov ceñudo y se enderezó—. ¡A ver si habla con más prudencia, sargento segundo!

Ahora se dio cuenta de que la insignia en forma de triángulo verde no tenía a su compañera en el uniforme de Dyguin. La otra faltaba y se veía únicamente la marca que había dejado. Las orejeras abiertas de su casco *Budenovka* pendían tristemente sobre, su pecho.

Dyguin hosco, lo miró de reojo.

—Porque nosotros… —hablaba con voz ronca y acatarrada—, ya van once días que… tenemos hambre…

—¿Cómo? —Zotov se echó atrás tan bruscamente, que una de las patillas de sus anteojos se le deslizó de una oreja, la agarró y volvió a colocársela—. ¿Cómo puede ser esto?

—Así no más es… Muy sencillo.

—¿Es que no tienen ustedes tarjetas de racionamiento?

—Uno no va a masticar el papel.

—Pero ¿cómo pueden sobrevivir?

—Así no más, sobrevivimos…

«Cómo pueden sobrevivir…»: esta pregunta infantil y vacía del anteojudo terminó por enfurecer a Dyguin y dedujo que no habría de obtener ayuda en la estación Krechetovka. «¿Cómo pueden sobrevivir?». No fue él, ni su temperamento, sino el hambre y la desesperación los que le contrajeron las mandíbulas y le hicieron mirar pesadamente al pálido ayudante del comisario militar en el despacho limpio y caliente.

Siete días atrás encontraron remolachas en una estación, llenaron dos bolsas con ellas, las sacaron directamente de ahí, de entre los residuos y durante una semana entera las hirvieron en las marmitas y las comieron.

Ya les provocaban náuseas, sus intestinos rehusaban recibirlas…

Dos días atrás, mientras estaban detenidos de noche en la estación de Alejandro Nevsky, Dyguin miró a sus extenuados soldados reservistas (todos eran mayores que él, y él mismo no era ya tan joven), y tomó una decisión.

Dyguin se levantó. El viento aullaba debajo de los vagones y silbaba entre las rendijas. Había que hacer algo para apaciguar las entrañas. Bajó del vagón y desapareció en las tinieblas.

Volvió a la hora y media y tiró sobre los catres tres panes enteros. El soldado que estaba sentado más cerca quedó asombrado:

—¡Si hay un pan blanco también! —exclamó.

—¿Ah, sí? —Dyguin indiferente miró el pan—. No me había dado cuenta.

No valía la pena contarle todo esto al comisario militar.

«¿Cómo pueden sobrevivir?…».

Durante diez días habían viajado ellos cuatro por su propio país como por un desierto. La carga que llevaban era veinte mil pequeñas palas para zapadores, engrasadas de fábrica. Las llevaban (Dyguin lo sabía) desde Gorki hacia Tbilisi. Pero al parecer todas las otras cargas eran de mayor importancia que esta maldita carga fría que se solidificaba dentro de la espesa lubricación.

Empezaba ya la tercera semana de viaje y no habían completado siquiera una mitad del trayecto. El más insignificante jefe de movimiento desacoplaba sus cuatro vagones y los abandonaba en cualquier apeadero.

Por sus tarjetas de racionamiento obtuvieron víveres para tres días en la estación Gorki, y luego para tres días también en Saransk, pero desde aquel momento no consiguieron nunca encontrar un puesto de distribución de víveres abierto.

Habrían podido aguantar cinco días más, si hubieran sabido que luego obtendrían víveres por los quince días debidos. Pero el estómago aullaba y el alma gemía porque la ley de alimentos decía que por los días pasados no se reponían víveres. Lo pasado, perdido.

—Pero ¿por qué no les dan alimentos? —insistía el teniente.

—Y usted, ¿nos dará? —abrió sus mandíbulas Dyguin.

Al llegar, saltó del coche y supo por boca de un soldado que existía un puesto alimenticio en esta estación. Pero ya había oscurecido, y según las normas legales, no valía la pena caminar hasta la ventanilla porque ya estaría cerrada.

El sargento Gaidukov olvidó su postura despreocupada frente al comisario militar. Se dio vuelta hacia Dyguin y le palmeó el hombro con su larga mano diciéndole:

—¡Hermano! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Te daremos en seguida de todo.

Dyguin, sin inmutarse ante esta palmada amistosa, seguía mirando al comisario con la misma fijeza de un muerto. Él mismo se sentía asqueroso por no saber arreglárselas con sus viejos reservistas. En los once días no pidieron nada ni a los comisarios ni a los civiles, sabían que nadie disponía de comida de más en aquellos tiempos. Y nadie pedía que lo llevaran, viendo el coche semi abandonado en el que viajaban. Tampoco les quedaba tabaco. Y por las muchas rendijas que tenía el vagón de carga, taparon tres ventanillas de las cuatro, así que también de día el coche quedaba a oscuras. Sin preocuparse por nada, encendían la estufa y durante las largas paradas de uno y dos días, se quedaban sentados alrededor de ella, cocinaban la remolacha en sus marmitas, probándola con el cuchillo y callando.

Gaidukov se cuadró y dijo gallardamente:

¿Me permite retirarme, camarada teniente?

—Vaya usted.

Y se fue corriendo. Con su mano cálida fue a separar para los viejos soldados trigo y tabaco. No le cobraron nada por el pasaje a aquella vieja lacrimosa. Bueno, entonces que les diera algo a los

muchachos, que no mezquinara… También había que apelar ante el inspector, tenía que contribuir con algo.

—Bueno, son más de las 6 de la tarde —calculaba el teniente—, nuestro puesto alimenticio ya está cerrado.

—Siempre está cerrado… Atienden sólo de 10 a 5 de la mañana… En Pensa me puse en la cola, empezaron a gritar que se iba el convoy. Por la estación de Morshansk pasamos de noche. Por Riazhsk, también de noche.

—Espera, espera —se agitó el teniente—. No voy a dejar este asunto así. ¡A ver!…

Tomó el auricular e hizo zumbar largamente su teléfono de campaña.

Nadie atendía.

Entonces lo hizo zumbar tres veces.

Ningún efecto.

—¡Qué diablos! —lo hizo zumbar de nuevo tres veces.

—Guskov, ¿eres tú?

—Sí, soy yo, camarada teniente.

—¿Por qué nadie atiende el teléfono?

—El soldado que estaba de tumo salió por un rato. Conseguí leche cuajada. ¿Quiere que le lleve, camarada teniente?

—Tonterías, no hace falta nada.

(No lo dijo por estar presente Dyguin. Siempre le prohibía a Guskov que le trajera algo, por una cuestión de principios. Y para conservar la rectitud de las relaciones oficiales. De lo contrario, sería difícil exigir luego. Por otra parte, ya había informado al capitán que la conducta de Guskov se estaba relajando).

—Escúchame, Guskov, se trata de lo siguiente. Llegó el convoy, son cuatro hombres, hace once días que no consiguen víveres.

Guskov silbó prolongadamente por el teléfono.

—¿Qué esperan esos papanatas?

—Así sucedió. Hay que ayudarles. Escucha, hay que llamar a Chichishchev y a Samorukov para que les entreguen alimentos por las tarjetas.

—¿Dónde los va a encontrar uno ahora? ¡No es asunto fácil!

—¿Dónde? ¡En sus casas!

—Hay tanto barro que te vas a hundir hasta la rodilla, está oscuro como…

—Si Chichishchev vive cerquita.

—¿Y Samorukov? ¡Detrás de las vías!… Y por nada del mundo va a venir, camarada teniente.

—Chichishchev vendrá.

El contador Chichishchev era militar de reserva llamado a las filas; lo habían ascendido de rango, pero nadie veía en él a un militar, sino a un contador común, de cierta edad y con una gran experiencia en su especialidad.

No podía hablar sin su ábaco. Por ejemplo preguntaba:

—¿Qué hora es? ¿Las cinco? —y en seguida chasqueaba 5 en su ábaco. O bien razonaba:

—Si el hombre está solo (chasqueaba una vez), le resulta difícil vivir. Entonces se casa (agregaba la segunda bolita a la primera).

Cuando estaba separado por una ventanilla de la fila con gente gritando y protestando, Chichishchev se mostraba muy duro, reprendía a los soldados y dejaba sólo una pequeña abertura para las manos con tarjetas. Pero si se enfrentaba directamente con la muchedumbre, o si ellos entraban en su pequeño despacho, hundía la cabeza en los hombros, decía «hermanos» y en seguida ponía los sellos.

De la misma manera, servicial y agitada, actuaba con sus superiores y no osaba negarse a alguien que tuviera un grado superior. Aunque el encargado del puesto de productos alimenticios no era un subordinado del ayudante de guardia del comisario militar, Chichishchev no se negaría, pensaba Zotov.

Pero Samorukov miraba con desprecio a los tenientes. Lobo robusto y engordado, era simplemente un encargado de almacén y empleado del quiosco del puesto alimenticio, pero tenía las pretensiones de un oficial superior.

Con mucha dignidad, llegaba al depósito un cuarto de hora más tarde del horario, revisaba los sellos, abría los candados y apoyaba en los palos la tapa de la ventana de su quiosco, con una expresión de condescendencia en su cara carrilluda y desagradable. Podían llegar multitudes de soldados del ejército rojo, apurados por regresar a sus convoyes, destacamentos enteros, personas solas, o bien inválidos de guerra: Samorukov no se preocupaba en absoluto. Arremangándose, mostraba sus brazos gordos de fiambrero, revisaba quisquillosamente en las tarjetas manoseadas y rotas los

sellos puestos por Chichishchev y tranquilamente pesaba (seguramente dando de menos) sin preocuparse si los muchachos alcanzaban su convoy o no.

El departamento que se había elegido se encontraba lo bastante alejado como para que no lo molestaran en las horas de descanso; también se eligió la dueña de casa, que tenía una vaca lechera y una huerta bien provista.

Zotov se representó mentalmente a Samorukov y todo empezó a bullir en él. Odiaba a semejante clase de gente, casi más que a los fascistas y le parecían no menos peligrosos.

No llegaba a entender por qué Stalin no dictaba una orden de fusilar a aquellos «Samorukov», ahí mismo, a dos pasos de su quiosco, a la vista de todos.

«No, Samorukov no vendrá», reflexionaba Zotov. Se enojaba consigo mismo por sentirse intimidado por el quiosquero, y nunca se habría decidido a molestarlo en horas de descanso de no haberse tratado de aquellos soldados poco despabilados que no comían no ya desde hacía tres o cinco días, ¡sino desde… once…!

—Escúchame Guskov, no mandes a un soldado: ve tú mismo. Y no le digas que hay cuatro hombres hambrientos, sino que lo llama urgentemente el capitán, por mi intermedio. ¿Entiendes? Y que venga para acá. Yo mismo trataré con él.

Por toda respuesta, Guskov callaba.

—¿Por qué callas? ¿Entendiste la orden? Contesta «sí» y ve a cumplirla.

—Y usted, ¿le preguntó al capitán? —replicó Guskov juiciosamente.

—¡No es asunto tuyo! Es de mi incumbencia. El capitán salió, no está…

—Y el capitán no ha de ordenar esto —siguió rezongando Guskov—. No se procede así, no se sacan los sellos de noche y se vuelven a colocar de nuevo por dos panes y tres arenques.

Tenía razón.

—¿Por qué semejante apuro? —continuaba Guskov—. Que esperen hasta las diez de la mañana. Una noche, es poca cosa. Que se acuesten de panza y duerman.

—Es que su convoy está por irse. Es un transporte ligero. Sería una pena desenganchar sus vagones, ya llevan atraso… La carga

que llevan es aguardada en alguna parte.

—Pero si el convoy se va es lo mismo. Samorukov no tendrá tiempo de venir. Para ir y volver por este barro, aun con linterna, no se tarda menos de una hora y media, más bien dos.

También en esto tenía razón Guskov, pensó Zotov.

Sin despegar las apretadas mandíbulas, con su *Budenovka* de orejeras caídas en la cara curtida por el viento, casi negra, Dyguin seguía con los ojos clavados en el teléfono de campaña, tratando de adivinar qué era lo que decían del otro lado del cable.

—Tampoco hoy tuvimos suerte —dijo con desesperación, moviendo la cabeza.

Zotov suspiró, cortó la comunicación para que Guskov no pudiera oírlo y dijo conciliador:

—¿Qué le vamos a hacer hermanito? Hoy no resulta nada. ¿Podrán llegar hasta la estación Griasi con este convoy? El convoy es bueno, seguro que por la mañana estarán allí.

Tal vez lo hubiera convencido, pero Dyguin sintió la debilidad de aquel teniente.

—¡No voy! Usted puede arrestarme si quiere. Pero no me voy.

En ese mismo momento golpearon en el vidrio de la puerta. Un ciudadano corpulento con gorra de visera, ancha y de lana jaspeada gris y negra, estaba de pie detrás del umbral. Con un saludo cortés, solicitaba al parecer permiso para entrar, pero en el despacho no se le oía.

—Y bien ¡entre usted! —gritó Zotov.

Luego apretó la palanca del teléfono y dijo en el auricular:

—Bueno Guskov, corta la comunicación. Yo lo pensaré.

El hombre que estaba detrás de la puerta no entendió en seguida. Después entreabrió la puerta y preguntó otra vez:

—¿Puedo pasar?

A Zotov le extrañó la voz del recién llegado, una voz baja, rica en matices y moderada, probablemente para no ostentarla. El hombre estaba vestido con una casaca rojiza y larga de corte civil, llevaba las mangas acortadas, y en sus pies tenía puestos borceguíes militares con polainas.

En una mano traía una bolsa de soldado, de tamaño reducido y muy sucia. Al entrar, con la otra mano levantó la gorra y saludó a ambos:

—¡Buenas tardes!

—Buenas tardes —contestó Zotov.

—Podría informarme, por favor —prosiguió el recién llegado de una manera cortés, que en nada condecía con la forma extraña en que estaba vestido— ¿quién es acá el comisario militar?

—Soy su ayudante de guardia —dijo Zotov.

—Entonces, probablemente, debo dirigirme a usted.

Buscó con los ojos algún lugar para poner su gorra jaspeada, ensuciada con el polvo de carbón, y al no encontrar ninguno, la puso debajo del codo de su brazo izquierdo, y con la otra mano empezó a desabrochar, preocupado, su sobretodo. Éste carecía de cuello, mejor dicho el cuello estaba desprendido y faltaba, y una echarpe de lana abrigaba la garganta desnuda.

Cuando el desconocido se desabrochó pudo verse que llevaba uniforme de verano, de soldado, muy deteriorado por el sol. Luego empezó a abrir el bolsillo de su camisa militar.

—Espere usted, espere —lo detuvo Zotov.

Volvióse hacia Dyguin. Éste seguía inmóvil y ceñudo.

—Bueno —dijo Zotov mirándolo y entrecerrando sus ojos miopes—. Haré todo lo que pueda. Voy a desenganchar tus coches. A las diez de la mañana podrás abastecerte de víveres.

—Gracias —dijo Dyguin mirando con encono.

—No debes darme las gracias, no me correspondía hacer esto… Ibas con un convoy tan bueno… Ahora no sé con quién te van a acoplar.

—Llevamos más de dos semanas de atraso, un día más un día menos —lo dijo más animado—. Yo vigilo mi carga.

—¡No nos es dado juzgar! —lo detuvo Zotov y levantó un dedo.

Miró de reojo al recién llegado, luego se aproximó a Dyguin y le dijo en voz baja, siempre pronunciando la «o» con exageración:

—Si conoces tu carga ¿sabes cuántos soldados podrán hacer trincheras con tus palas? ¡Dos divisiones! Y estando en las trincheras, ¿la cantidad de vidas que están a salvo? Veinte mil palas para zapadores, significan veinte mil vidas de soldados. ¿No es así?

Zotov miró de nuevo al desconocido. Aquél comprendió que molestaba, se alejó de ellos y acercándose a la pared les dio la espalda. Con la mano desocupada se frotaba y calentaba las orejas.

—¿Qué? ¿Se heló usted? —preguntó sonriente Zotov.

El otro se dio vuelta, sonriente también.

—Sabe usted que refrescó mucho. El viento es insoportable, y húmedo además.

Era verdad, el viento soplaba, golpeaba en la esquina del edificio y hacía sonar el vidrio mal colocado de la ventana, detrás de las cortinas azules. Se oía chorrear el agua del caño.

¡Qué sonrisa simpática y acogedora tenía este extraño, tan peculiar y tan mal afeitado! Sus cabellos no habían sido cortados con la máquina. Un pelo medio canoso, corto, suave y no muy espeso le cubría la cabeza.

No parecía soldado, tampoco civil.

—Acá —tenía en la mano preparado el papel—. Acá está mi…

—En seguida, en seguida.

Zotov tomó el papel sin mirarlo.

—Siéntese usted… Acá, en esta silla.

Pero echó una mirada con el rabillo del ojo a su traje grotesco, volvió a su mesa, llevó los registros y los códigos, encerró todo en la caja fuerte. Entonces, llamó con un ademán a Dyguin y salió junto con él hacia el despacho del jefe de movimiento militar. Valia Podshebiakina estaba discutiendo algo por teléfono, y tía Frosia, en cuclillas cerca de la estufa, se secaba.

Zotov se aproximó a Podshebiakina y le tomó la mano, la que sostenía el tubo.

—Valiusha…

La joven se volvió rápidamente, y lo miró con coquetería, porque le pareció que le había tomado la mano cariñosamente, pero terminó de hablar por teléfono:

—En cuanto al número 1002 sigue su trayecto. No tenemos nada que ver con él. Pásalo a la vía de Tambov, Petrovich.

—Valechka —dijo Zotov—, envía rápido a tía Frosia para anotar, o bien para que muestre directamente a los acopladores estos cuatro vagones, el sargento segundo irá con ella, y que el jefe de movimiento los desenganche y los ubique en cualquier paraje hasta mañana.

Tía Frosia sin variar su posición en cuclillas, volvió su cara grande y severa hacia Zotov y frunció los labios.

—Está bien Vasil Vasilich —dijo Valia sonriendo. Siguió con la mano en el tubo del teléfono sin necesidad alguna, dado que había

terminado de hablar, hasta que él no soltó sus dedos—. La enviaré en seguida.

—En cuanto al resto del convoy hay que enviarlo con la primera locomotora —concluyó Zotov—. Trata de hacerlo todo bien.

—Está bien, Vasil Vasilich —sonreía contenta Valia.

—Bueno, esto es todo —anunció Zotov a Dyguin.

Tía Frosia suspiró ruidosamente como el fuelle de un herrero y se enderezó.

Dyguin, sin hablar, levantó la mano y la acercó a la sien, haciendo la venia. Parecía orejudo, con el casco abierto, y no tenía nada de militar en toda su persona.

—¿Estás movilizado solamente? —le preguntó Zotov—. ¿Eres un obrero?

—Sí.

Dyguin miraba al teniente con fijeza y gratitud.

—Arréglate el triángulo —y Zotov le señaló la insignia que le faltaba.

—No la tengo, se ha roto.

—También tu casco. Ciérralo o levanta las orejeras, ¿comprendes?

—¡Qué las va a levantar! —se enojó tía Frosia ya con su impermeable puesto—. Empieza a nevar y a helar. ¿Vamos, amigo?

—Bueno, ¡feliz viaje! Mañana habrá otro teniente en mi lugar. Debes insistir ante él para que te ponga en viaje.

Zotov regresó a su despacho y cerró la puerta.

Hacía solamente cuatro meses él tampoco tenía idea de cómo había que sujetarse el cinturón y eso de levantar la mano para el saludo militar le parecía particularmente ridículo y cómico.

Al entrar Zotov, el visitante no se levantó de la silla, pero hizo el ademán de hacerlo como correspondía. La bolsa militar estaba en el suelo, a su lado, y la gorra jaspeada la cubría.

—Quédese sentado nomás —dijo Zotov ocupando su lugar en la mesa—. ¿Y bien? ¿De qué se trata?

Desplegó el papelito entregado por el desconocido.

—Yo… perdí mi convoy… —sonrió el otro con aire culpable.

Zotov leía el papelito. Era un documento expedido por el comisario militar de Riazhsk.

Mirando a veces al desconocido le formulaba las acostumbradas

preguntas de control.

—¿Su apellido?

—Tveritinov.

—¿Nombre?

—Igor Dementievich[12].

—¿Tiene usted más de cincuenta años?

—No, cuarenta y nueve.

—¿Cuál era el número de su trasporte?

—No tengo la menor idea.

—¡Cómo! ¿No les dijeron el número?

—¡No!

—¿Y por qué acá figura? ¿Usted lo había mencionado?

(Era el número 245413, procedente de Archedin, aquel que Zotov despachó la noche de la víspera).

—No, yo conté en Riazhsk, de dónde venía y cuándo. Seguramente el comisario militar se dio cuenta.

—¿Dónde perdió usted su convoy?

—En Skopin.

—¿Cómo sucedió?

—A decir verdad —otra vez la sonrisa culpable curvó los labios de Tveritinov—, fui a cambiar algunas cositas. Quería conseguir algo de comida… Y el convoy se fue. Ahora parten sin aviso, sin silbatos, sin radio, de una manera quieta y silenciosa.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Anteayer.

—¿Y no consiguió alcanzarlo?

—Según parece, no. Y ¿en qué podría viajar? En las plataformas abiertas cae la lluvia. En las plataformas de los vagones, sabe, las que tienen escaleras, hay mucha corriente y, además, los centinelas no le permiten estar a uno. Adentro de los vagones de carga no permiten viajar, o porque no tienen derecho de admitir a extraños o porque carecen de lugar.

«Vi yo, una vez, un tren de pasajeros, una verdadera maravilla… Bueno, ahí los guardias de pie en los escalones empujaban a los que trataban de subir o agarrarse de los pasamanos. Y los trenes de carga, mientras están parados, uno no sabe en qué dirección habrán de ir, y después ya es tarde para subir. No llevan una tablita esmaltada que diga “Moscú Aguas Minerales del Cáucaso”. No se

puede preguntar a nadie, porque lo tomarían a uno por un espía, y por otra parte, estoy vestido de una manera… En general, es peligroso hacer preguntas…».

—En tiempo de guerra, por supuesto.

—Pero antes de la guerra también era así.

—Nunca lo había observado.

—Era así… —Tveritinov entrecerró los ojos—. Después del año 1937…

—¿En el año 1937? —se asombró Zotov—. Y ¿qué pasó en el año 37? ¿La guerra española?

—No, por eso no… —Tveritinov bajó la vista con la misma expresión dudosa—. No…

Su echarpe suave de lana gris se abrió y debajo de la campera abierta colgaba más abajo de la cintura.

—¿Por qué no lleva usted uniforme? ¿Dónde está su capote militar?

—No me dieron capote… No alcanzó para mí… —sonrió Tveritinov.

—Y ¿de dónde sacó usted ese gabán?

—Me lo dio una buena gente…

—Ejem… —Zotov reflexionó un instante—. En realidad usted llegó muy pronto acá. Ayer por la mañana estaba todavía con el comisario de Riazhsk, y esta noche ya está acá. ¿Cómo viajó?

Tveritinov miraba a Zotov con sus ojos confiados y cariñosos. A Zotov le resultaba sumamente agradable su manera de expresarse, su manera de detenerse cuando le parecía que su interlocutor deseaba intervenir, su manera de no agitar las manos, sino de completar lo dicho con suaves movimientos de los dedos.

—Tuve una suerte excepcional —decía Tveritinov—. En una estación salí del vagón semicerrado… En estos días empecé a distinguir algo acerca de la terminología ferroviaria. Leí «Semicerrado» y pensé que tendría algo de techo, aunque fuera la mitad. Me encaramé por una pequeña escalera, y me encontré con una trampa, con un pozo de hierro, en el cual no se podía estar sentado, ni apoyado. Anteriormente había habido carbón ahí, y durante la marcha del tren el polvo que levantaba me ensució mucho. Y luego empezó a llover…

—Entonces, ¿en qué consistió su suerte? —preguntó Zotov

riéndose a carcajadas—. No lo entiendo. Si se mojó todo lo que lleva puesto.

Cuando Zotov se reía, dos profundos surcos se le formaban a ambos lados de la boca y hacia arriba, hasta la ancha nariz.

—Tuve suerte, porque cuando salí del vagón semicerrado, me sacudí, me lavé, vi que estaban enganchando una locomotora a un convoy para el sur. Corrí a lo largo del tren, no había gente en ninguno de los vagones de carga, todas las puertas estaban selladas. Y de pronto vi a un camarada que había salido para hacer sus necesidades y que subía a un coche abierto. Lo seguí. Imagínese, ¡caí en un vagón lleno de frazadas!

—¿Y el coche no estaba sellado?

—¡No! Al parecer al principio estaban embaladas en atados, de a diez o de a cinco frazadas, pero luego muchos atados se abrieron y resultó muy cómodo sumergirse en ellos. Había ya algunos hombres durmiendo.

—¡Caramba! ¡Caramba!

—Me envolví en tres o cuatro de esas frazadas y dormí tan bien, tan dulcemente, ¡veinticuatro horas enteras! No sé si estuvimos en marcha, o detenidos, no sé nada. Ahora es el tercer día que no recibo la ración. Mientras dormía olvidé todo, la guerra, el presente… Vi en sueños a mis familiares…

Su cara mal afeitada, de expresión suave, resplandecía.

—¡Alto! —Zotov se levantó precipitadamente de su silla—. Era aquel trasporte… Usted llegó con él, ¿cuándo?

—Buenos, hará unos minutos… Inmediatamente me encaminé a su despacho.

Zotov se precipitó hacia la puerta, la abrió y penetró en el despacho vecino.

—¡Valia, Valia! Éste que iba en dirección hacia Balashov, ¿cuánto, según usted?

—1002.

—¿Está todavía acá?

—No, ya se fue.

—¿Seguro?

—Completamente seguro.

—¡Diablos! —dijo Zotov agarrándose la cabeza—. Estamos sentados acá, nosotros malditos burócratas, pasamos malditos

papeles de un lugar a otro, no vemos nada, comemos pan en balde… Llame usted a la estación Michurinsk-Uralsk.

Volvió rápidamente a su despacho y preguntó a Tveritinov:

—¿Se acuerda usted del número del vagón?

—No —se sonrió.

—¿El coche es de dos ejes o de cuatro ejes?

—De eso no entiendo nada.

—¿Cómo no entiende? ¿Es pequeño o grande? ¿De qué tonelaje?

—Como solían decir en la guerra civil «Hombres: 40» «Caballos: 8».

—Entonces dieciséis toneladas. ¿Y no había escolta?

—Creo que no.

—¡Vasil Vasilich! —gritó Valia—. El jefe de movimiento militar está al aparato. ¿Usted querría hablar con el comisario militar?

—Bueno, no es absolutamente necesario, posiblemente la carga no sea militar.

—¿Me permite entonces que lo aclare yo?

—¡Sí, aclárelo usted, Valechka! A lo mejor esas frazadas simplemente se evacúan de alguna parte, el diablo lo sabe. Que controlen atentamente el tren, que localicen el vagón sin sellar, determinen el destino, que lo vuelvan a sellar. En una palabra, pongan todo en orden.

—Está bien, Vasil Vasilich.

—Muchas gracias, Valechka. Usted es una trabajadora muy valiosa.

Valia se sonrió. Los rulos le taparon toda la cara.

—¡Hola! Michurinsk-Uralsk…

Zotov cerró la puerta, y, todavía emocionado, se paseó por el despacho, golpeando un puño contra el otro.

—Hay una cantidad interminable de trabajo —decía pronunciando la «o» más fuerte que nunca, por lo nervioso que se hallaba—. Y no nos dan ayudantes… Pueden robar esas frazadas. Tal vez, ya falten algunas.

Se paseó un instante más y volvió a sentarse. Se quitó los anteojos, los limpió con un trapo.

Su cara perdió en seguida la expresión eficiente y despierta y se volvió casi infantil, protegida únicamente por el gorro verde.

Tveritinov esperaba pacientemente. Miró sin alegría las cortinas

azules, contempló el retrato de Kaganovich en uniforme de empleado ferroviario, la estufa, el balde, la pala. En la pieza caldeada, la casaca cubierta por el polvo de carbón le molestaba. La abrió aún más y se sacó el echarpe.

El teniente volvió a colocarse los anteojos para examinar el documento de Tveritinov. En realidad, no era un verdadero documento, porque estaba escrito según los datos que el portador había dado y podía contener verdades como también mentiras. La norma exigía tratar con suma prudencia a los *okruzhenzi* y más aún a los que viajaban solos.

Tveritinov no podía probar que había perdido su convoy en Skopin… ¿A lo mejor lo había perdido ya en Pavelez? Y en este lapso tuvo la posibilidad de viajar a Moscú o bien a otra parte en cumplimiento de alguna misión.

Tampoco hablaba a su favor el hecho de haber llegado tan rápido. Sin embargo, ¿qué garantías había de que en realidad pertenecía a aquel convoy?…

—¿Así que le resultó muy amparado el viaje hasta acá?

—Por supuesto. Lo proseguiría largamente de esta manera.

—Entonces ¿por qué salió?

—Para presentarme ante usted. Así me lo habían indicado en Riazhsk.

En la cabeza grande de Tveritinov todos los rasgos eran de un tamaño proporcionado: la frente ancha y alta, las cejas muy tupidas y gruesas y la nariz también sobresaliente. El mentón y las mejillas estaban cubiertos por una barba gris-canosa, sin afeitar.

—¿Cómo supo usted que llegó a Krechetovka?

—Un georgiano que dormía a mi lado me lo dijo.

—¿Un militar? ¿De qué rango?

—No sé. Solamente sacó la cabeza por debajo de la frazada.

Tveritinov contestaba ahora un poco tristemente, como si con cada contestación perdiera algo.

—Bueno —Zotov apartó el papel presentado por Tveritinov—. ¿Tiene usted otros documentos? —le preguntó.

—No, ninguno —sonrió tristemente Tveritinov—. ¿De dónde podría sacar yo documentos?

—Ajá, ningún otro.

—Cuando fuimos cercados tratamos de destruir todo lo que

poseíamos.

—Pero ahora, estando otra vez en territorio soviético, tuvieron que haberle dado algo para su identificación.

—No me dieron nada. Hicieron la lista, nos dividieron en grupos de cuarenta personas y nos mandaron.

Era cierto lo que decía. Mientras el hombre no se extraviaba era miembro del grupo de los «cuarenta» y no necesitaba otro documento.

Pero Zotov quería afirmar con algo concreto su simpatía involuntaria hacia este hombre tan bien educado y con una cabeza tan digna.

—¡Bueno, cualquier cosa! ¿Algún papel tendrá usted en sus bolsillos?

—Nada más que fotografías… de mis familiares.

—Muéstremelas —pidió el teniente sin ordenar.

Las cejas de Tveritinov se levantaron algo.

Sonrió otra vez con esa sonrisa suya, tímida o culpable, que no sabía expresar lo experimentado por él, y del mismo bolsillo de su camisa militar (no tenía botón en el otro bolsillo y no lo podía cerrar por eso) sacó un envoltorio compacto de papel anaranjado. Lo desplegó sobre las rodillas, sacó dos fotografías de nueve por doce, miró él mismo a ambas y se levantó a medias para entregárselas al comisario. Pero la distancia de su silla hasta la mesa era corta, y Zotov se inclinó para tomarlas.

Empezó a mirarlas, y Tveritinov con el envoltorio desplegado cerca de la rodilla, enderezó la espalda tratando de verlas también.

Una de las fotografías había sido sacada posiblemente en un día soleado, en un jardín minúsculo, seguramente a hora temprana y en primavera, porque las hojitas eran pequeñas y el follaje de los árboles aparecía transparente. Mostraba a una niña de unos catorce años de edad con un vestidito gris rayado, con cinturón. Del cuello abierto emergía la garganta delgadita y la carita alargada y angosta, tiesa en la fotografía, pero parecía como si antes hubiera temblado.

En toda la fotografía había algo inmaduro, inconcluso y todo, lejos de ser alegre, resultaba agobiante.

La niñita le gustó mucho a Zotov. Sus labios se dilataron en una sonrisa.

—¿Cómo se llama ella? —preguntó quedamente.

Tveritinov estaba sentado con los ojos cerrados.

—Lialia —contestó aún más débilmente.

Después abrió los ojos y se corrigió:

—Irina.

—¿Cuándo fue tomada esta fotografía? —preguntó Zotov.

—Este año.

—¿Y dónde queda esto?

—Cerca de Moscú —contestó cansado.

Medio año. Medio año había transcurrido desde aquel momento en que alguien dijera: «¡Liallienka! ¡te saco!» y largó el disparador de la cámara. Desde aquel entonces habían tronado decenas de miles de cañones y brotado millones de fuentes negras de tierra. Millones de hombres se vieron enredados en un maldito vaivén, unos llegaban a pie de Letonia, otros con tren desde Irkutsk.

Y ahora, en la estación donde el viento frío llevaba consigo una mezcla de lluvia y nieve, donde los convoyes languidecían por la espera, donde había un ajetreo humano incesante y la gente dormía tirada en el suelo, ¿cómo podía uno llegar a creer que existía hoy en el mundo este jardín, esta niña, este vestidito?…

En la otra fotografía una mujer y un niño estaban sentados en el sofá mirando un gran libro ilustrado con láminas del tamaño de toda la hoja. La madre delgada y esbelta, probablemente alta, y el chico de unos siete años, con una cara regordeta y una expresión muy inteligente miraba, no al libro, sino a su madre, que le explicaba algo. Los ojos del niño eran grandes como los del padre.

En general, todos los miembros de esta familia eran seres distinguidos. Zotov nunca había tenido oportunidad de frecuentar semejantes casas, pero había visto algo parecido en los cuadros de la galería de pintura «Tretiakov», o en los espectáculos teatrales, o a través de la lectura de algunos libros que probaban la existencia de tales familias.

Un ambiente culto y acogedor emanaba de estas dos fotografías y llegó hasta Zotov.

Devolviéndolas observó:

—Hace calor. ¿Por qué no se quita usted el capote?

—Es cierto —asintió Tveritinov, y se quitó el gabán. Pero se hallaba ante la dificultad de dónde ponerlo.

—Allá, en el sofá —dijo Zotov, señalando el sofá y haciendo ademán de querer ponerlo él mismo.

Ahora salían a la vista los remiendos y roturas del uniforme de verano, donde cada uno de los botones era diferente. Se veía, asimismo, que Tveritinov era poco práctico en el uso de sus polainas de soldado, que se habían abierto y colgaban sueltas.

Toda esta vestimenta se asemejaba a una burla con respecto a su cabeza grande y canosa.

Zotov ya no trataba más de ahogar el sentimiento de franca simpatía que experimentaba por este hombre equilibrado, que le había gustado desde el principio.

—¿Quién es usted? —le preguntó respetuoso.

Envolviendo las fotografías en el papel color naranja, con una expresión de tristeza Tveritinov sonrió:

—Soy actor —dijo.

—¿Si-í? —se asombró Zotov—. ¡Cómo no lo adiviné en seguida! ¡Usted es muy parecido a un actor!

(¡Ahora lo parecía menos que nunca!).

—… seguramente, ¿un actor famoso? —preguntó Zotov.

—¡No!

—¿Dónde trabajó usted?

—En el Teatro Dramático de Moscú.

—Estuve sólo una vez en Moscú —dijo Zotov—. Fui con nuestra excursión al Teatro MJAT. Pero en la ciudad de Ivanov iba al teatro con frecuencia. ¿Usted vio el nuevo teatro de Ivanov?

—No.

—De afuera, no dice nada. Parece una caja gris de cemento armado, pero por dentro es una maravilla. Me encanta ir al teatro. No se trata solamente de una diversión, sino que uno llega a aprender algo, ¿no es cierto? —decía Zotov animado.

(Por supuesto, las actas sobre las mercaderías del convoy quemado exigían su atención, pero igual esta tarea requería por lo menos dos días enteros de trabajo. Y era tan halagador conocer a un gran actor y conversar con él una hora entera).

—¿Qué papeles le tocó representar?

—Muchos —sonrió sin alegría Tveritinov—. Es difícil recordarlos a todos a través de tantos años.

—Pero no obstante, ¿cuáles, por ejemplo?

—Bueno… al teniente coronel Vershinin… al doctor Rank…

—Ajá… Ajá… (Zotov no se acordaba de semejantes papeles). ¿Y no llegó usted a interpretar las obras de Gorki?

—Claro que sí, ¡cómo no!

—Por sobre todas las cosas me gustan las obras de Gorki. Y también sus cuentos. Es nuestro más inteligente, más humano y más grande escritor. ¿Usted está de acuerdo?

Tveritinov movió las cejas, tratando de encontrar una contestación adecuada, pero no la encontró al parecer y por eso siguió callado.

—Me parece que oí nombrar su apellido. ¿Usted es un actor de renombre y consagrado? —Zotov enrojecía ligeramente, complacido por el goce de esta conversación.

—Si fuera un actor destacado —Tveritinov hizo un gesto como de impotencia con las manos—, no estaría aquí, tal vez.

—¿Por qué? —se asombró Zotov—. Ah, cierto, no habría sido movilizado.

—No fuimos movilizados —dijo Tveritinov—. Nos anotamos en las unidades militares, nos alistamos como voluntarios.

—Pero ¿de esta misma manera se anotaron también artistas renombrados?

—Se anotaron todos, empezando por los directores de escena. Pero luego alguien trazó una línea bajo un número y los que quedaron arriba de la línea permanecieron en Moscú, los que se encontraban debajo de ella, fueron a la guerra.

—¿Tuvieron ustedes entrenamiento militar?

—Unos pocos días solamente. Nos enseñaron a combatir con bayonetas, con palos. Y cómo lanzar granadas… de madera.

Los ojos de Tveritinov se fijaron en un punto del piso con tanta fijeza que parecían de vidrio.

—Pero ¿después los armaron? —preguntó Zotov.

—Sí, cuando ya estábamos en marcha nos dieron fusiles. Modelo del año 1891. Fuimos caminando hasta la misma Viasma. Y cerca de Viasma caímos en una emboscada.

—¿Murieron muchos?

—Creo que los más cayeron prisioneros de los alemanes. Nuestro pequeño grupo se unió con los *okruzhenzi*, que ya estaban en el frente. Ellos nos rescataron. No tengo idea ahora de dónde está el

frente de batalla. ¿Usted tiene un mapa?

—Mapa no tengo, los partes bélicos son poco claros, pero lo mismo le puedo informar: Sebastopol y un pedazo cercano a él está en nuestro poder; también conservamos Taganrog. Donbas es nuestro, pero Orel y Kurs pertenecen a ellos…

—¿Es posible?… Y ¿cerca de Moscú?…

—Cerca de Moscú es muy poco claro. Están casi en los suburbios. En cuanto a Leningrado, está aislado…

La frente de Zotov y sus ojos formaron arrugas de dolor:

—Y yo no puedo ir al frente de batalla.

—Ya va a ir —dijo Tveritinov—, no se preocupe usted. Ya que según parece la guerra se prolongará más de un año. ¿Era usted estudiante universitario? —preguntó Tveritinov.

—¡Sí! En realidad, nosotros presentamos nuestras tesis en los primeros días de la guerra… Qué graduación ésta… ¡Teníamos que prepararnos para diciembre! Y en lugar de eso nos dijeron: traigan los dibujos que tienen listos y basta.

Zotov se entusiasmaba contando esto, le parecía todo de pronto tan interesante, y apuraba su relato.

—Sí, en realidad, no hubo tranquilidad en todos esos cinco años… Entramos en el Instituto, en eso Franco empezó su rebelión. Después cedieron ¡Austria! ¡Checoslovaquia! Y ¡empezó la guerra mundial! Más tarde vino la guerra con Finlandia. La invasión de Hitler a Francia. A Grecia. A Yugoslavia. Imagínese en qué estado de ánimo nos encontrábamos para estudiar los mecanismos de las máquinas textiles. Pero no se trata de esto. Después de graduarnos, algunos de los muchachos fueron enviados a los cursos de mecanización y motorización de la Academia, y yo quedé fuera a causa de mi miopía… Todos los días iba a ver al comisario militar, todos los días… Lo único que conseguí fue que me destinaran a la Academia de Intendentes. Yo tengo experiencia desde el año treinta y siete. Bueno, con ese papel atravesé Moscú y probé mi suerte en el Comisariado Militar del Pueblo. Pude llegar hasta un viejito coronel. Estaba muy apurado, ya cerraba su portafolio para irse. Empece a explicarle: «Soy ingeniero y no quiero ser intendente».

—¿Tiene usted su diploma? —me preguntó.

Y yo no lo llevaba conmigo…

—Bueno, te hago una pregunta. Si la contestas, eres ingeniero:

«¿Qué es un cigüeñal?».

Y yo: «Un cigüeñal es un mecanismo colocado en el eje de revolución y unido con una biela por medio de charnelas para…».

Borró «Destino Intendencia» y escribió «Academia de Trasportes».

Y se fue con su portafolio y yo salí triunfante.

Llego a la Academia de Trasportes y resulta que no hay vacantes. Sólo para los cursos de Comisarios Militares del ferrocarril.

No me ayudó siquiera mi «cigüeñal»…

Vasia sabía perfectamente que no era hora para diarias, para recuerdos, pero era tan remota la posibilidad de hablar con alguien culto y atento.

—¿Seguramente fuma usted? —se acordó de súbito Vasia—. Sírvase, fume por favor. —Miró de reojo el documento de Tveritinov—: ¡Igor Dementievich! —completó sonriente—. Acá me dan hasta el tabaco y el papel, pero yo no fumo.

Sacó del cajón de su mesa un atado de tabaco liviano casi sin empezar, y lo empujó hacia Igor Dementievich.

—Sí, fumo —confesó Igor Dementievich y su cara se iluminó con el placer de la pregustación.

Se levantó a medias, se inclinó sobre el atado, pero no empezó en seguida a liar el cigarrillo, sino que aspiró el aroma del tabaco. Parecía como si hubiera gemido un poco con el goce.

Después leyó la marca del tabaco. Tabaco de Armenia, y meneó complacido la cabeza.

Enrolló un cigarrillo grueso, lo pegó con la lengua y en seguida Vasia prendió un fósforo y encendió el cigarrillo.

—Allá, entre las frazadas, ¿nadie fumaba? —preguntó Zotov.

—No me fijé —contestó Igor Dementievich echando atrás la cabeza con expresión dichosa—. Seguramente nadie tenía cigarrillos. —Fumaba con los ojos entrecerrados—. ¿Qué era lo que decía usted con respecto al año 37?

—Pero usted tiene que acordarse del ambiente de aquella época —comentaba Vasia con ardor—. La guerra española en su apogeo. Los fascistas en la ciudad universitaria. La Brigada Internacional. Guadalajara. Jarama. Teruel. ¡Era difícil quedarse quieto!… ¡Nosotros pedíamos que nos enseñaran el español y en cambio nos

enseñaban el alemán! Yo consigo manuales, diccionarios, dejo mis estudios, aprendo el español. Siento, considerando toda la situación, que nosotros tomamos parte en aquella contienda, porque la conciencia revolucionaria no nos permitía quedarnos indiferentes…

«Pero los diarios no dicen nada». ¿Cómo podría llegar a España? Claro que fugarme a Odesa y embarcarme allí sería una conducta pueril, además hay guardias en las fronteras. Entonces voy a ver al comandante del primer distrito del Comisariado Militar, al del segundo y al del tercer distrito, siempre con el mismo ruego: ¡envíeme a España!

«Ellos se ríen. ¿Te has vuelto loco? Si no hay nadie de los nuestros allí. ¿Qué vas a hacer tú solo?…». Escúcheme —continuó dirigiéndose a Tveritinov—, veo que le gusta fumar. Tome usted todo el atado. Si igual lo tengo solamente para convidar. Y en casa tengo más. No, no, por favor, póngalo en su bolsa militar y átela… Entonces le creeré que lo lleva… El tabaco es ahora una cosa muy útil, un «certificado de paso», le va a servir mucho para el viaje… Bueno y de pronto leo en *La Estrella Roja* una cita del diario francés —yo leo todos los diarios— que dice entre otras cosas: «Alemania y la URRS consideran a España como un polígono de ensayo». Yo soy muy consecuente. Pedí en la biblioteca ese número y esperé unos días para ver si surgía una desmentida de la redacción. No, no llegó. Entonces voy a ver al Comandante Militar y le digo: «Tome, lea usted». No hubo desmentida, quiere decir que lucharemos en España. Le ruego enviarme a España como simple tirador. Y el comandante golpeó la mesa con su puño y dijo: «¿Quién lo envió? ¡Usted quiere provocarme! Si hace falta, lo llamaremos. ¡Lárguese de aquí!».

Vasia reía de todo corazón al recordar ese percance. Se sentía muy a gusto con el actor y tenía deseos de contarle la llegada de los marineros españoles y cómo les había pronunciado un discurso en español. Quería también preguntarle de qué manera habían logrado pasar el cerco y hablar sobre la marcha de la guerra con un hombre tan inteligente y evolucionado.

Pero Podshebiakina entreabrió la puerta.

—¡Vasil Vasilich! El jefe de movimiento pregunta si usted tiene algo para el convoy 794. Si no, lo dejamos ir.

Zotov miró el gráfico.

—¿Cuál es? ¿Para Povorino?

—Sí.

—¿Ya está acá?

—Arribará en unos minutos.

—Creo que son pocas las cargas nuestras que lleva. ¿Qué más tiene?

—Hay cargas industriales y algunos vagones de carga con gente.

—¡Magnífico! ¡Es magnífico! Igor Dementievich, lo pondré en este tren. Es un tren muy apropiado para usted, no tiene que trasbordar para nada. No, Valechka, todas las cargas mías van ahí enteras, las puede despachar. Que lo coloquen cerca, en la 1ª ó 2ª vía.

—Está bien, Vasil Vasilich.

—¿Trasmitiste todo respecto de las frazadas?

—Exactamente, Vasil Vasilich.

Y se fue.

—Qué lástima que no pueda darle de comer. Ni siquiera galletas secas tengo acá… —Zotov sacó el cajón como si quisiera cerciorarse de que había ahí alguna galleta. Pero su ración era regular y el pan que traía para sus horas de guardia lo comía por la mañana.

—¡Si usted desde que perdió su convoy no comió nada!

—No se preocupe, por Dios, Vasil Vasilich. —Tveritinov apretó sus cinco dedos abiertos contra la sucia camisa militar con botones diferentes—. Le estoy infinitamente agradecido. —Su voz y su mirada no reflejaban ya tristeza—. Usted me amparó con su palabra y sus cuidados. Usted es una persona muy buena. Vivimos en tiempos tan duros que se aprecia muy especialmente semejante trato. Ahora, explíqueme por favor, ¿dónde voy a ir y qué tengo que hacer luego?

—Primero irá usted —le explicaba Zotov complacido—, hasta la estación Griasi. Qué lástima que no tengo un mapa. ¿Se da cuenta dónde se encuentra esta estación?

—No, pero el nombre lo he oído alguna vez.

—Sí, es una estación muy conocida. Si llega usted a Griasi de día, vaya con este documento suyo. Acá le estoy marcando que estuvo en Krechetovka. Irá a ver al comisario militar, él le escribirá una orden para el puesto alimenticio y usted recibirá ración para un par de días.

—Le agradezco muchísimo.

—Si llega usted de noche, quédese sentado, no salga del vagón, permanezca dentro del convoy. ¡Adónde habría ido a parar usted con sus frazadas, si no se hubiese despertado! ¡Adónde lo habrían llevado!… Desde Griasi el tren irá a Povorino. ¡Tenga cuidado! Puede bajar en Povorino para abastecerse de víveres, no pierda este tren. Lo va a llevar a Archeda. El destino del convoy es Archeda, es el número
245-413.

Y Zotov entregó a Tveritinov su documento de emergencia.

Poniendo el documento en el bolsillo de su camisa militar, el único que tenía cierre, Tveritinov preguntó:

—¿Archeda? Nunca la oí nombrar… ¿Dónde queda eso?

—Calcule usted que queda ya cerca de Stalingrado.

—De Stalingrado —asintió Tveritinov. Pero su frente se frunció. Hizo un esfuerzo para recordar y preguntó distraído—. Disculpe usted… Stalingrado… Y ¿cómo se denominaba antes?…

De golpe todo se derrumbó en el alma de Zotov. ¿Sería posible? ¿Un hombre soviético que no conociera Stalingrado? ¡Esto no podía ser! De ninguna manera… De ninguna manera. ¡Esto era simplemente imposible! Pero supo contenerse. Se dominó. Arregló sus anteojos. Dijo casi tranquilo:

—Antes se llamaba Zarizyn[13].

(Quiere decir que no es uno de los *okruzhenzi*. Es un enviado en misión especial. Un agente. Seguramente un emigrado blanco, por eso tiene esos modales).

—¡Ah, cierto, cierto, Zarizyn! ¡Defensa de Zarizyn!…

(¿No será un oficial disfrazado? Por eso preguntaba por el mapa… Y demasiado mal se había vestido).

Esta palabra hostil «oficial» hacía mucho que había desaparecido del léxico soviético, hasta pronunciada mentalmente punzó a Zotov como una bayoneta.

(Hice de tonto, se recriminaba Zotov. Hice de bobo. ¿Esto se llama tranquilidad? ¡¿Esto se llama vigilancia?! ¿Qué hacer ahora? ¿Qué hacer ahora?).

Zotov tomó su teléfono de campaña. No apartaba el tubo de la oreja, esperando que el capitán tornara el suyo.

Pero el capitán no levantaba el tubo.

—Vasil Vasilich, estoy avergonzado de haberle robado todo su tabaco —dijo Tveritinov.

—Oh, no es nada, no faltaba más —replicó Zotov.

(Torpe, pelmazo… ¡se había ablandado como un tonto! ¡Se había arrastrado ante el enemigo sin saber cómo complacerlo!…).

—Entonces, permítame fumar una vez más acá. ¿O prefiere usted que salga?…

(¿Salir? ¡Bastante claro y trasparente!… Comprendió que he cometido un yerro y quiere desaparecer ahora, quiere fugarse).

—No, no, fume aquí. Me gusta el humo del tabaco.

(¿Qué podría hacer? ¿Cómo salir del paso?).

Hizo zumbar el teléfono tres veces. Levantaron el tubo.

—Al aparato la guardia.

—Habla Zotov.

—Lo escucho, camarada teniente.

—¿Está ahí Guskov?

—No… salió, camarada teniente.

—¿Hacia dónde fue? ¿Qué quiere decir «salió»?… ¡A ver si está de vuelta en cinco minutos!

(Seguramente el canalla fue a pasar el rato con alguna mujer).

—¡Estará de vuelta, camarada teniente!

(Qué otra cosa podría hacer).

Zotov tomó un pedazo de papel y resguardándolo de Tveritinov escribió en él con letras grandes y clara: «¡Valia! Entre a mi despacho y diga que el convoy 794 tiene un atraso de una hora».

Dobló el papelito, se aproximó a la puerta y dijo sin salir, alargando la mano con el papel:

—¡Camarada Podshebiakina! ¡Tome usted! Es con respecto a aquel trasporte.

—¿Qué trasporte Vasil Vasilich?

—Acá puse los números.

Podshebiakina se levantó asombrada y tomó el papelito. Zotov sin demorarse volvió a su despacho.

Tveritinov ya se vestía.

—¿No perderemos el tren? —preguntó sonriendo benévolamente.

—No, nos van a avisar.

Zotov se paseó por la pieza, sin mirar a Tveritinov. Arregló los

pliegues de la camisa militar, bajo el cinturón, en la espalda, pasó la pistola desde la espalda a su costado derecho. Arregló en su cabeza la gorra verde. No había absolutamente nada que hacer y no había ya temas para hablar.

Y Zotov no sabía mentir.

Si por lo menos Tveritinov hubiera hablado, pero éste callaba modestamente.

Detrás de la ventana, a veces chorreaba el hilo de agua del tubo, dispersado y expulsado por el viento.

El teniente se paró al lado de la mesa y apoyándose en la esquina de la tabla miraba sus dedos.

(Para no evidenciar el cambio, tenía que mirar a Tveritinov como antes, pero no se podía forzar a esto).

—¡Así que dentro de pocos días será la fiesta! —dijo Zotov y se puso en guardia…

(A ver, pregúntame ¿qué fiesta? Entonces no habrá ninguna duda…).

Pero el visitante respondió:

—Si-í…

El teniente lo miró de reojo. Tveritinov asentía con la cabeza y fumaba tranquilo.

—Es interesante, si hacen el desfile acostumbrado en la Plaza Roja.

(¡Qué desfile!… No pensaba en esto en absoluto, lo decía para matar el tiempo).

Golpearon a la puerta.

—¿Puedo entrar Vasil Vasilich? —Valia pasó su cabeza. Tveritinov la vio y alargó la mano para tomar su bolsa.

—El convoy 794 está detenido en el trayecto… , Llegará una hora más tarde.

—¿Si-í? ¡Qué lástima! (A él mismo le chocaba la detestable falsedad de su propia voz).

—Está bien, camarada Podshebiakina.

Valia desapareció.

Detrás de la ventana, muy cerca, sobre la vía Nº 1, se oyó la respiración detenida de la locomotora que estaba aminorando la marcha del convoy.

—¿Qué vamos a hacer? —razonaba en voz alta Zotov—. Yo

tengo que ir al puesto alimenticio.

—Entonces yo saldré también, iré donde usted me indique —sonreía Tveritinov con buena voluntad, levantándose y sosteniendo la bolsa en la mano.

Zotov tomó su capote militar.

—¿Para qué se va a helar usted en cualquier lugar? En la sala de espera no podrá entrar, está repleta de gente que duerme ahí. ¿No quiere venir conmigo al puesto alimenticio?

No sonaba muy convincente, y agregó, sintiendo que enrojecía:

—Yo tal vez pueda procurarle… algo para comer…

Si por lo menos Tveritinov no se hubiese alegrado tanto… Pero ¡resplandecía!

—Esto sería de su parte un acto de gran bondad. No me atrevo a pedírselo.

Zotov se dio vuelta, miró la mesa, tocó la puertita de la caja fuerte, apagó la luz.

—Bueno, ¡vamos!

Al cerrar la puerta dijo a Valia:

—Si me llaman por el telégrafo, diga que volveré pronto.

Tveritinov salía delante de él en su torpe gabán y sus polainas torcidas y mal puestas.

Por el pasillo oscuro y frío, con una lamparita azul, salieron al andén.

En las tinieblas de la noche, bajo el cielo invisible, caían inclinados los copos húmedos, pesados, que no tenían nada de blanco ni parecían de nieve.

Directamente en la primera vía estaba el tren detenido. Estaba completamente oscuro, más oscuro que el cielo, y de este modo se notaban sus vagones y techos. Desde la izquierda, donde se encontraba la cabecera del tren, vomitaba fuego la rejilla de la locomotora y la ceniza ardiente caía sobre la vía y era arrastrada por el viento a todos lados. Más lejos, arriba, parecía colgada en el aire una luz verde y redonda. A la derecha, donde estaba la cola del tren, se veían a veces chispas sobre los coches.

Caminando en dirección a aquellas chispas, que denotaban que ahí había vida, se apuraban por el andén figuras oscuras, mayormente de mujeres. El aliento pesado de muchos respondía a algo invisible, pero voluminoso que cargaban los individuos.

Arrastraban consigo a criaturas que lloraban silenciosamente. Dos personas, de prisa, empujando a Zotov, pasaron llevando un enorme baúl o algo parecido. Alguien remolcaba algo más pesado aún, a juzgar por los crujidos, a través del andén.

(De un modo raro, precisamente en estos momentos en que los traslados se tornaban tan peligrosos, la gente se empeñaba en viajar, llevando consigo a las criaturas, a ancianas, a bolsas tan pesadas que resultaban difíciles de levantar, a cestos de tamaños de un sofá y grandes baúles como armarios).

Si no hubiera sido por las cenizas calientes debajo de la locomotora, los semáforos, las chispas de las chimeneas que salían de los vagones de carga en los cuales viajaba la gente, y una que otra luz de linterna que brillaba por un instante en las vías alejadas, habría sido difícil creer que había aquí muchos trasportes y que se trataba de una estación ferroviaria y no de un bosque denso o un campo abierto preparado después de lentos cambios para esperar al invierno.

Pero el oído captaba el rechinar de los enganches, la corneta del guardagujas, los resoplidos de dos locomotoras, las fuertes pisadas y el bullicio de la gente alarmada.

—Nosotros tenemos que entrar acá —dijo Zotov señalando un pasillo cerca del andén.

Tenía una linterna pequeña con el vidrio azulado e iluminó con ella varias veces el terreno, para que Tveritinov pudiera ver también.

—¡Oh!, el viento casi me arranca la gorra —se quejó Tveritinov.

El teniente caminaba callado.

—Nieve o algo parecido me entra en el cuello —proseguía aquél.

Ni siquiera tenía cuello su gabán.

—Aquí va a estar muy sucio —advirtió el teniente a su acompañante. Y en eso se metieron en el barro pegajoso y chapotearon. No podían encontrar un camino más seco.

—¡Alto! ¿Quién va? —gritó la voz atronadora de un centinela, cerca de ellos.

Tveritinov se estremeció.

—¡El teniente Zotov!

Así directamente, hundiéndose en el barro hasta los tobillos, sacando los pies con dificultad del barrial pegajoso, dieron vuelta al

ala del edificio donde se encontraba el puesto de víveres y entraron al porche del otro lado.

Golpearon fuertemente con los pies para que se desprendiera el barro y sacudieron también el agua de los hombros.

El teniente alumbró con su linterna el vestíbulo de la entrada y condujo luego a Tveritinov al despacho general, donde había una gran mesa y dos bancos (era el lugar donde almorzaban los soldados del puesto de víveres y donde también cursaban sus estudios obligatorios). Desde hacía tiempo que buscaban cable, para colocar en ese lugar una lamparilla, pero hasta el día de hoy esta habitación sin blanquear estaba débilmente iluminada y de una manera despareja se distribuía la luz de un farol colocado sobre la mesa. Los rincones quedaban a oscuras.

Se abrió la puerta del despacho de la guardia. Alumbrado desde atrás y con su parte delantera en la oscuridad, en la puerta estaba de pie un soldado.

—¿Dónde está Guskov? —preguntó severamente Zotov.

—¡Alto! ¿Quién va? —gritaron desde afuera.

En el porche se oyeron pisadas, entró Guskov seguido de un soldado que había ido en su busca.

—Presente, camarada teniente —Guskov hizo el ademán de hacer la venia. La cara de Guskov, siempre algo impertinente, le hizo advertir a Zotov, en la media luz, unos estremecimientos nerviosos de descontento porque el teniente lo molestaba por naderías; el teniente, a quien en realidad no tenía obligación de obedecer.

De pronto Zotov gritó enojado:

—¡Sargento Guskov! ¿Cuántos puestos de centinelas debe tener su guardia?

Guskov sin asustarse, pero asombrado contestó quedamente:

—Debe de haber dos, pero usted sabe…

—¡No sé na-a-da! ¡Tal cual figura en su reglamento deben de estar inmediatamente!

El labio de Guskov se contrajo de nuevo.

—¡Soldado Bobnev! Tome usted las armas y póngase en su puesto.

El soldado que acompañó a Guskov, giró alrededor de las autoridades pisando ruidosamente y entró en el despacho vecino.

—Y usted sargento, vendrá conmigo al comando.

Aun sin esta orden, Guskov ya había comprendido que algo sucedía.

El soldado volvió llevando el fusil con bayoneta, marchó exactamente al lado de todos y ocupó su lugar de centinela en la puerta de salida.

(Fue entonces cuando Zotov se sintió invadido por la timidez. No encontraba las palabras que debía pronunciar).

—Usted… digo… yo… —dijo Zotov muy suavemente, levantando a duras penas sus ojos para mirar a Tveritinov—, yo, por el momento me aparto por otro asunto…

Pronunciaba la «o» de una manera especialmente clara.

—Y usted siéntese aquí, por favor. Espere mientras tanto.

La cabeza de Tveritinov con la gorra de visera ancha echaba sombra sobre el cielorraso y parecía enorme y grotesca. El echarpe cruzado envolvía su cuello como una serpiente.

—¿Usted me va a dejar acá? Pero, Vasil Vasilich, si me quedo acá pierdo mi tren. Permítame salir al andén.

—No, no, usted se quedará acá —dijo Zotov apurándose por salir.

Y Tveritinov captó la situación.

—¿Usted me *detiene*? —gritó desesperado—. Camarada teniente, pero ¿por qué? ¡Déjeme alcanzar mi convoy!

Y con el mismo movimiento con el cual había agradecido antes a Zotov, apretó contra su pecho sus cinco dedos abiertos. Hizo dos pasos rápidos para alcanzar al teniente, pero el centinela alerta le apuntó con la bayoneta afirmada al rifle.

Zotov tuvo que darse vuelta y una vez más, por última vez en su vida, a la luz opaca de la linterna, vio ese rostro, esa cara desesperada del rey Lear, en el ambiente sepulcral.

—¡Qué hace usted! ¡Qué está haciendo! —gritaba Tveritinov con la voz sonora como una campana—. Si esto es *irreparable*.

Levantó ambos brazos, que salían de las mangas, uno de ellos con la bolsa militar, se hinchó hasta el tamaño de una sombra alada y el cielorraso ya estaba en su cabeza.

—No se preocupe, no se preocupe —lo tranquilizó Zotov, pisando con su pie el umbral de la entrada—. Solamente hay que aclarar una *preguntita*…

Salió.

Detrás de él salió Guskov.

Atravesando la oficina del jefe del movimiento militar, el teniente dijo:

—No despache todavía a este convoy.

En el despacho se sentó a la mesa y empezó a escribir.

> «Al puesto de Operaciones de la NKVD»
>
> «Con la presente le envío a un detenido que dice llamarse Igor Dementievich Tveritinov y ser uno de los *okruzhenzi*. Pretende haber perdido su convoy nº 245413 en Skopin. Conversando conmigo…».

—Prepárate —dijo a Guskov—. Procúrate un soldado y llevarás al detenido al centro.

Varios días transcurrieron. Pasaron las fiestas.

Pero no se apartaba de la memoria de Zotov aquel hombre con su sorprendente sonrisa y con la fotografía de la hija en su vestidito rayado.

Al parecer todo había sido hecho como correspondía.

Y sin embargo no era…

Quiso averiguar si el desconocido era un saboteador disfrazado, o bien si fue liberado a tiempo. Zotov telefoneó al centro, al puesto de operaciones de la NKVD.

—Yo les envié el primero de noviembre a un detenido de apellido Tveritinov. ¿Podrían decirme qué pudieron aclarar con respecto a él?

—Están averiguando —contestó firmemente la voz en el teléfono —. Escúchame otra cosa, Zotov. En las actas sobre las cargas quemadas en un 80% hay puntos poco claros. Es un asunto sumamente serio y alguien podría aprovecharse.

Y todo el invierno prestó Zotov servicio en la misma estación, en el mismo cargo de ayudante del comisario militar. Muchas veces sintió la tentación de llamar al centro para averiguar algo acerca del destino de Tveritinov, pero no lo hizo porque podía haber resultado sospechoso.

En cierta ocasión, llegó, por varios asuntos, un juez de instrucción, enviado por el comando central. Zotov le preguntó de una manera casual:

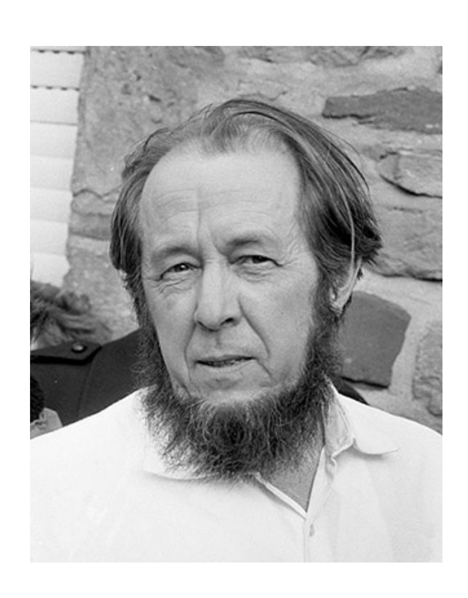
—¿Usted no se acuerda de un tal Tveritinov? Yo lo detuve el otoño pasado.

—Y ¿por qué se interesa usted? —el juez de instrucción frunció sus cejas de una manera significativa.

—Simplemente porque sí, sería interesante saber… cómo terminó el asunto.

—Ya llegarán a descifrar su asunto, de aquel su Tverikin. Nosotros no cometemos errores.

Zotov jamás pudo olvidar a aquel hombre.



ALEKSANDR ISÁYEVICH SOLZHENITSYN (en ruso, Александр Исаевич Солженицын) (Kislovodsk, Rusia, 11 de diciembre de 1918 – Moscú, Rusia, 3 de agosto de 2008) fue un escritor e historiador ruso, Premio Nobel de Literatura en 1970.

Estudió Matemáticas y Física en la Universidad de Rostov e hizo cursos por correspondencia de Filosofía, Letras e Historia. Durante la Segunda Guerra Mundial, combatió en diferentes frentes, siendo condecorado. En 1945, fue detenido por comentarios anti estalinistas y condenado a ocho años en campos de trabajo, tras los cuales, sufrió exilio interno dedicándose a la escritura. Liberado del exilio en 1956, trabajó como profesor de matemáticas y publicó diversas obras con gran éxito; sin embargo, la KGB comenzó a investigarle y perseguirle, siendo expulsado de la Asociación de Escritores Soviéticos, y en 1974, desposeído de la nacionalidad soviética y deportado a Alemania. Tras un periodo en Suiza, fue invitado por la Universidad de Stanford para residir en Estados Unidos. Tras veinte años en este país, y habiendo recuperado la nacionalidad soviética, en 1994, regresó a Rusia. En el año 1970, le fue concedido el Premio Nobel de Literatura, que no recogió hasta 1974, tras la deportación.

Notas

[1] Granja colectiva. <<

[2] Sergio Esenin, talentoso poeta de procedencia campesina, que vivió a principios de este siglo. Se ahorcó después de cortarse las venas en 1925. (N. del T.) <<

[3] Pan tipo flauta. < <

[4] Se refiere a Stalin (N. del T.) < <

[5] Comisariado del pueblo de vías de comunicación. (N. del T.)
<<

[6] Son los componentes de las tropas rojas cercados por los alemanes y que una vez liberados por los suyos, fueron considerados traidores y deportados hacia los campos de concentración bajo custodia. (N. del T.) <<

[7] Tabaco ordinario de uso muy común entre el pueblo. (N. del T.)

< <

[8] Novela de A. Tolstoi sobre el reinado de Iván el Terrible. (N. del T.) <<

[9] Se llaman así en memoria del mariscal Budenny, comandante de la caballería roja, ex suboficial de ejército imperial, (N. del T.) <<

[10] Vodka preparado con alcohol sin destilar. (N. del T.) <<

[11] La mayor recompensa militar en la Rusia Imperial. (N. del T.)
<<

[12] Nombre compuesto por el suyo propio y el patronímico. (N. del T.) < <

[13] Ciudad del Zar. <<